

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ. : PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

Cristos negros

Sobre la antena de un grito de dolor, venimos todos a ver la primera luz. Desde esa temprana hora, empieza a guiarnos el destino ciego hacia el augusto misterio de una existencia ensonada, mas que presentada. ¡Grave pecado este de nacer, que, según el poeta persa, es la más grande impertinencia cometida contra nuestro libre albedrío! ya que, siendo nosotros los únicos interesados, no nos consultaron si queríamos o no la vida, que se nos otorga por azar y con tanta inconsciencia. Porque ni siquiera podemos jactarnos de ser los hijos del amor.

Es que, así como los soldados se matan, sin odiarse, dos seres de diferente sexo se abrazan sin amarse. En esto, quizás consista la honda tristeza, la quemante congoja que corroe algunas vidas, cual un cáncer que emplea muchos años en realizar su obra destructora.

En estas horas de vuelo ingravido por el júbilo y el jolgorio de que están henchidas, para festejar el nacimiento de un niño predestinado, según la leyenda, a padecer sufrimientos inenarrables, pensamos en los que mecidos por ahullidos desgarradores vienen a este mundo a vivir idéntico destino, sin tal vez una posible canonización en el santoral cristiano.

Pensemos en aquellos nacidos en antros peores que un establo y que no tuvieron los reyes magos que les trajeran el manto de púrpura, el incienso y la mirra. Sino que fueron señalados por el dedo del azar, el cual escribió en sus frentes el ananké de la pobreza miseranda. Pecado original para esta sociedad moderna de brutos cargados de tállegas, que no se borra a trueque de todas las lágrimas y de todos los padecimientos, ni por los más grandes esfuerzos. Y si esto sucede por casualidad, la amargura hace que la víctima se convierta en verdugo y devuelva los golpes que recibió en su niñez. Es ley fatal de la naturaleza humana.

Pensemos también que no solamente un día al año se produce la epifanía del niño destinado a sufrir por sus semejantes, que en la vida será el Cristo negro, el Cristo rebelde, el esclavo manumiso, a quien perseguirán los poderosos de la tierra, acosándolo hasta ultimarle en acceso de furia orangutanesca.

Todos los días, todas las horas, todos los minutos y hasta todos los segundos nos traen la semilla sagrada del Prometeo destinado a ser devorado por los buitres. Quizás en estos mismos momentos en que escribimos, en un rincón lejano de la tierra, en la cuna más humilde, exhalará sus vagidos, no el mesías, sino el ángel de la rebelión. Un niño es un mundo incalculable de posibilidades. Tengamos el sagrado terror del jardinero que ve sus brotes tiernos — futura cosecha de rosas — torcidos y arrancados por manos criminales. Y de ese terror saquemos todas nuestras fuerzas para combatir a quienes en estos días de efemérides religiosas, vierten lágrimas cocodrillescas por un mito legendario, mientras que al mismo tiempo patean el vientre de las madres proletarias, quitándoles el sustento, agobiándolas bajo tareas abrumadoras y exigiéndoles, para alquilarles una casa, que no tengan niños.

Buenos Aires, cementerio de la infancia, celebrará con bocinazos, ruidos de latas, con toques de sirena y comiendo y bebiendo hasta reventar, el fausto advenimiento del Cristo que vino a redimirlos de toda mácula, cometiendo todos los excesos que, según la Iglesia cristiana, apostólica, católica y romana, son en sí los siete pecados capitales. Es una manera, como cualquier otra, de rezarle a los santos. Si el jugador de France hacía sus piruetas a la virgen, ofendíndoselas. Los cerdos ¿de qué modo podrán demostrar su espíritu religioso sino hartándose y revolotándose en el fango?

Marx los crió y ellos se juntan



BOLCHEVISMO—Y cómo marcha tu pueblo, querido negro?
FASCISMO—Ya lo ves, rojo: A las mil maravillas; Y el tuyo?
BOLCHEVISMO—En el mejor de los mundos (Y se abrazaron).

El abrazo de Vergara

No, no es el abrazo de Vergara, sino el abrazo de dos escritores, quienes coinciden cantando sus endechas más apasionadas al sable, que tal vez algún día acariciarán sus respectivos lomos.

Nos referimos a Lugones, que se halla entre los peruanos sirviendo de espantamosas al cholo ridículo Leguía. El otro es Agorio, quien se encuentra en muy buenos términos con los bolcheviques, elogiando emergentemente la organización militar del ejército rojo, martirizado de sus hermanos.

No nos ocuparemos de esa piltrafa moral que es el carnicerio Lugones, que ya ha descendido en su adulación el último peldaño de su escala-zoológica, arrastrándose entre los reptiles. Vale la pena, en cambio, decir algunas palabras sobre el autor de "Ataraxia", joven que promete ser algo en un futuro muy lejano. Puede ser que nos equivoquemos y no sea nunca nada, cosa lamentable por cierto...

Agorio, que apenas es un pasable periodista, — los dragones — es un terminito uruguayo — de escritor y filósofo. Su libro "Ataraxia", es verdaderamente la producción de un atáxico; atacado de una parálisis progresiva que lo llevará, en

un plazo más o menos largo, a la impotencia. "Ataraxia" no es una obra literaria pura, no tiene tampoco el corte del ensayo filosófico, ni su enjundia, resultando un género híbrido que puede participar de las cualidades del pastiche literario, espolvoreado por la filosofía de un gacelero. En suma, Agorio emprendió una labor superior a sus fuerzas, cuando precisamente no posee un concepto definido de la vida y una orientación personal, como la tuvieron desde Spinoza hasta Nietzsche o Bergson, quienes estilizaron la realidad; mientras que él la deforma y nos la presenta anémica.

Esta profunda originalidad que nos hace ver el espectáculo férico de la existencia con los propios ojos y no con gafas ajenas, no aparece por ninguna parte en la producción literaria y periodística del autor uruguayo. Ha sido comparado a Barré, que es como comparar un cerro a un Himalaya, por un tal Gallino, que, sin embargo, ponía reparos a su "Ataraxia".

Digamos solamente que, en la envergadura moral, distan, estos escritores, como el polo norte y el sur. Y toda vez que se trata de cosas humanas, siempre entra la parte moral.

Concluymos. Agorio les dice a los comunistas que, en 1916, en su libro "Fuerza y Derecho", declaraba que ninguna movimiento revolucionario triunfaría sin la

militarización del proletariado. Y agrega:

"Claramente que ese libro no fué del gusto de los espíritus absorbidos por la rutina del Estado tradicional y domesticados por la morfina parlamentaria. Ellos piensan todavía oponer al fusil de las clases privilegiadas, no otro fusil, sino bellos discursos sobre la fraternidad humana".

Este bipedo implume está en Babia y sus conocimientos datan de la época del hacha de piedra y de la carabina de Ambrosio. ¡Pobre loro, pobre cotorra, fastidiosa y pesada; lástima de escopetazo que se pierde y quizás no te llegue nunca! "C'est un vrai dommage", pero no nos conformaremos reproduciendo la despedida de Agorio, quien manifestó a sus amigos comunistas: "No olvidéis que la mayor desgracia de los individuos, como de las naciones, es ser débiles. Cuando podáis organizar un ejército de diez millones de soldados, entonces hablaremos".

Lo peregrino es que "Crítica", que ataca ferocemente a Lugones como militarista, al autor uruguayo, por la misma causa, le entona himnos de la más pura música celestial. ¡Encantador criterio periodístico, que borra con la pata lo que escribió con... el otro pie.

La guerra y la paz

A medida que transcurren los meses y los años se ve claramente que las potencias europeas, comprendiendo Estados Unidos y Japón, etc. no renuncian al sistema antiquísimo de la paz armada hasta el tope. La irreductible ceguera de los pueblos les vedá percibirse de la inminencia del cataclismo que les amenaza. Nada hacen para evitarlo. Esto, que todo el mundo sabe y no es una novedad, lo repetimos debido a los síntomas precursoros que se revelan en los diferentes países.

La vertiginosa carrera armamentista no es misterio para nadie. Mientras se exige que Alemania se desarme, las demás naciones centuplican el trabajo de sus usinas de guerra. ¡Contra quién, si se hallan todas en perfecto acuerdo y concordia? Quizás contra los enemigos interiores. No cabe duda, uno de los móviles principales obedece a este terror ránico que experimenta la burguesía hacia posibles contendores que la despojen de sus privilegios. Tampoco se nos oculta que las rivalidades y las valentades de imperalismo no desaparecieron entre ellas.

La inquietud y la zozobra componen la atmósfera en que viven todas. Entre tanto los presupuestos de guerra aumentan hasta llegar a cifras astronómicas, haciendo cada vez más precaria la vida de las masas. Por el despeñadero se hallan casi todos los países.

Esta situación, si no nos regocija, tampoco nos asusta. Si la guerra se produce, será el combate de los dos leones, de los cuales no quedó más que la cola y alguna pelambre. Ya lo hemos visto por el ejemplo precedente de la gran contienda.

¡Es que nos cruzaremos eternamente de brazos? Todo esto no es una serénata a la luna o al pacifismo angelical, sino que se basa en declaraciones y datos fehacientes. Respecto a la eficiencia del personal de aviación y de los tipos de aparato, el contraalmirante Moffett, jefe del Departamento de Aeronáutica de Estados Unidos, manifestó que "ningún país se hallaba delante al nuestro, y en cuanto se relaciona a la aviación naval y de guerra, pasará mucho tiempo para que cualquier país nos alcance".

Respondiendo, tal vez, al desafío del marino yanqui, el ministro aéreo inglés votó una suma para la construcción de un zeppelin que tendrá una capacidad de cinco millones de metros cúbicos y 720 pies de largo, con una velocidad de 70

y

letariado de los Comunista, rojo; en fin, los de la dictadura o era. Pues bien, perfecta y exultante y tan pues de siete s comunistas, tantos contrar-guerras.

de ironía que un hecho natos del auto-tés. La muer-el mismo vi-nan a Trotz-mismo cami-a de semejan-considerados misma vara más. Pero es in y toda esa os tiranos lla-ido en reali-mente revoluc-echo de "po-el órgano po-significa aca-er hecho por-rea y de nom-esto significa aplaudir ai Mussolini, a el que invoca- revolucionar-arse del Es- la revolución, los hechos lo- y hay que las para no ad de lo que y Primo de que nan sem- serás med-ky es hoy lo- Con la única la presa de- más mañana

(X).

TESTA
 ián Faure.
 páginas —
 cado)
 y réplica)
 Un volú-
 1.00—
 Faure. Un
 8 — En
 ado \$ 3.50
 Estado, su
 Moderno
 mo de 150

de un an-
 u; un to-
 emérita,
 óntimen de

Anarquismo profesoral y anarquismo proletario

Debemos prevenirnos contra el peligro de ver convertir el anarquismo en una doctrina de cátedra, cuya comprensión necesite una serie de estudios preparatorios, la consulta de gruesos volúmenes de exégesis y la asistencia a docenas de cursos apologeticos, históricos y críticos.

Tenemos el ejemplo del socialismo autoritario en Alemania; en otros tiempos se sostenía por los sátrapas de ese partido que no era posible llegar al socialismo sin haber comprendido la filosofía hegeliana. Y los sacerdotes de esa iglesia, antes de hablar el nombre de la socialdemocracia, debían haber cursado filosofía, saber interpretar a Hegel y derivar de sus conclusiones una serie de postulados más o menos socialistas. De lo contrario no hubieran podido sostenerse a flote, o hubieran sido considerados como advenedizos. Cuando Johann Most llegó con su bagaje revolucionario y proletario, cuando tuvo la osadía de burlarse de los doctores, fué tratado como un intruso, como una piedra de escándalo cuyo contacto había que evitar a toda costa y cuyo aislamiento era preciso llevar a cabo enérgicamente. Aunque Johann Most no hubiese evolucionado hacia el anarquismo, no habría podido quedar en el campo de la socialdemocracia, pues su aparición rompía con un hábito profundamente arraigado y ponía en peligro la hegemonía de los doctores y de los consagrados por ellos.

En Alemania no hubo, en la época del moderno movimiento obrero, masas trabajadoras independientes del tutelaje profesoral; eso explica su impotencia creadora en 1918 y eso explica la claudicación ante las órdenes de sus jefes antes de la guerra, durante ella y después.

Actualmente ya no se exige tanto el estudio de Hegel para la comprensión de las aspiraciones socialistas, pero se exige el estudio de Marx. No puede ser buen socialdemócrata el que no filosofa en el sentido marxista sobre la interpretación materialista de la historia, sobre el proceso capitalista de la producción, etc. Individuos sin sentimiento socialista alguno, como Kautsky y millares de otros doctores de la socialdemocracia, han forjado un medio de vida creando un socialismo profesoral perfectamente definido. La ciencia o la pseudo-ciencia de los Kautsky y compañía no está al alcance del proletario y no tiene siquiera relación alguna directa con el socialismo. Es un entretenimiento de doctores, de académicos, de iniciados en los ministerios de la religión marxista. Una de las tantas expresiones de ese socialismo profesoral es la revista de Hilferding, *Die Gesellschaft*, continuadora de *Die Neue Zeit* de Kautsky. En manos de un obrero esa publicación es como la Biblia en griego; el lenguaje responde a un contenido intelectual universitario; para dominarlo en parte, el obrero necesitaría largos años de estudio. Y además de las dificultades del lenguaje, el texto no se refiere a problemas que puedan interesar ni remotamente al proletariado en la vida real siquiera. Otra expresión, pero

milias por hora. En cuanto a Francia e Italia, también insuena grandes capitales para acrecentar en todos los órdenes su poder bélico.

Y el proletariado dividido y desorganizado será la sempiterna víctima de los ferreteros de la guerra, los asesinos condecorados e impunes que matan al por mayor y en gran escala. No surgió todavía en la conciencia de la masa el concepto claro de la defensa, que a la máscara opone el exterminio de sus verdugos. Y seguirá remediando a los sátrapas que metidos en una bolsa, se pelean entre sí, sin afán de morder las manos que los aprisionan.

No es por cierto una perspectiva muy halagüeña la que nos espera. Sin embargo la vida tiene más imaginación y más recursos que todos los profetas del orbe, aunque sean pesimistas como nosotros.

sindical, de esa invasión de doctores en el campo obrero es la publicación de Karl Zwing en Jena, *Gewerkschafts archiv*, en donde se intenta elaborar la "ciencia del movimiento obrero". Allí se discuten problemas fraguados por esos señores filósofos y sociólogos profesionales empeñados en explicar la honda filosofía de las ocho horas, pero sin incurrir en el pecado de escribir una frase que pueda considerarse como una incitación a la defensa de esa jornada conquistada a costa de tanta sangre. La librería R. L. Prager de Berlín editó tres catálogos de obras referentes a *Marx, Engel y Lassalle*; los dos primeros volúmenes contienen unos 3000 títulos; y eso es solo una parte de la producción librera de la socialdemocracia alemana en primer lugar. De los 3000 títulos de obras apenas serían comprensibles para los obreros un par de centenares; los demás son profundas exégesis marxistas o estudios de asuntos de alta metafísica política y sociológica que no tienen ninguna relación de interés para el proletariado ni para la revolución.

De esa forma se convirtió teóricamente la socialdemocracia en un campo de gimnasia filosófica y literaria, para el exceso de doctores producidos por las Universidades alemanas. Los proletarios adheridos a ese partido pueden responder justamente como el creyente cristiano embarazado por interrogaciones comprometedoras para la persistencia de su fé: Doctores tiene la santa madre iglesia que os sabrán responder. Y esa es más o menos la respuesta de los simples afiliados al partido socialdemócrata cuando les demostramos el espíritu reaccionario del marxismo.

Un divorcio semejante entre los dirigentes y las grandes masas es un signo terrible de retroceso espiritual. Nosotros no tememos los errores y los desaciertos de la acción popular, lo que tememos es que la acción popular se someta a los dogmas de una nueva teología, lo que tememos es que el pensamiento naciente del proletariado claudique ante los doctores de una nueva Santa Madre Iglesia. Eso sería la firma de un pacto duradero con la reacción.

La socialdemocracia alemana, y como la alemana la de todos los países, y modernamente el comunismo bolchevista, descubrió un modo de mantener un lejano contacto con la grey adicta. La grey no recibe las sagradas enseñanzas directamente de los supremos sacerdotes; entre los supremos sacerdotes, creadores de ese socialismo profesoral y doctoral, y las masas, está el funcionario del partido; es este personaje el que diluye en el cerebro del obrero, para embrutecerlo mejor, una serie de fórmulas y de letanías especiales, como un nuevo decálogo. La misión del funcionario del partido, los conocimientos que debe poseer, las enseñanzas que debe dar a las masas la actitud que tiene que conservar en las diversas circunstancias, todo eso está catalogado, descripto, articulado en manuales del perfecto funcionario del partido. En esos manuales se instruye a los que podríamos llamar intermediarios de segunda categoría entre las masas y los principios puros del marxismo, cuyos intérpretes directos son esos doctores cuyos nombres mencionamos con veneración religiosa el funcionario; en esos manuales se contienen modelos de discursos para todas las ocasiones y para todas las exigencias, muy limitadas por cierto, de la propaganda.

Para nosotros es demasiado extraordinario el ver a un funcionario socialdemócrata recurrir afanosamente al índice debe responder de una determinada pregunta. Los funcionarios no se creen con derecho a tener un pensamiento propio; de su manual infaltable para ver cómo para ellos el partido es todo; el hombre nada, según expresó Trotzky en el último congreso del partido comunista ruso. Y como el pensamiento del partido es un patrimonio de los doctores de la socialdemocracia, el funcionario cometería un crimen desviándose en lo más mínimo de las prescripciones cuya observancia

significa para él lo que para el cura el sometimiento perfecto a los dictados de sus superiores, — el pan de cada día. Pero la que es una situación triste es la de las masas adherentes; ellas no juegan ningún papel activo; su misión es pagar las cotizaciones y obedecer. Y con ese espíritu no se edificará jamás la ciudad del porvenir, sino que se eternizará la explotación y la dominación del hombre por el hombre.

El anarquismo se ha significado hasta aquí por su unión estrecha con el pueblo. Tuvo hombres de grandes conocimientos, hombres que figuran a la cabeza de algunas disciplinas científicas y cuyas nombres se pronuncian con respeto en los centros reconocidos de la ciencia. Pero esos hombres han comprendido que su misión al dirigirse al pueblo era hablarle en un lenguaje accesible. Kropotkin y Reclus, que llegaron a las altas cumbres del saber, nos demuestran que se pueden expresar todas las verdades en un idioma popular. Cuando se dirigieron a las grandes masas, lo hicieron sin estúpidos alardes de erudición y sin revestir sus ideas con el argot artificioso del cientificismo. Podemos revisar la vieja *Bibliografía de la Anarquía* de Nettlau; cada uno de sus títulos nos comprueba que nuestros camaradas de todas las épocas se han esforzado por quedar ligados por los lazos de la comprensión con el pueblo, con la gran masa de los deshechados y de los oprimidos. Históricamente el anarquismo ha sido siempre un movimiento proletario; los hombres que acudieron a él de otras esferas no formaron un círculo de anarquistas de élite; precisamente las camaradas de más elevada instrucción, los más distinguidos por sus conocimientos fueron los que más odiaron la creación de una aristocracia anárquica, de un grupo separado de la gran masa de los adeptos. El único germen de tendencias aristocráticas, de inclinaciones hacia la formación de una élite, lo dió casi siempre el individualismo; fué esa actitud la que se paró en general a los individualistas de los comunistas anarquistas. Y porque el anarquismo es proletario, porque rechaza la aristocracia del talento, porque no quiere adoptar sacerdotes ni pontifices, los anarquistas constituyen el único movimiento social moderno en el que cada adepto obra de acuerdo a su propia mentalidad, sin abdicar ante ninguna autoridad de adentro o de afuera.

Hasta hoy, así como hay un socialismo para uso de obreros afiliados al partido socialista y un socialismo de doctores, de profesores, de literatos, en el anarquismo no conocemos más que un anarquismo proletario, elaborado en primer lugar por un movimiento revolucionario efectivo, en que cooperan como iguales, no sólo obreros del músculo, sino obreros de la inteligencia. Por eso entre nosotros no podrá nunca tener sentido la frase: Doctores tiene la Anarquía que podrán responder. Cada uno de nosotros podemos y debemos contribuir con nuestro esfuerzo mental a la comprensión y a la difusión de nuestras ideas. La división del esfuerzo no debe llegar jamás a la formación de grupos dirigentes y de masas dirigidas. Esto lo olvidan muchos nuevos adeptos procedentes de la burguesía y que sin darse cuenta intentan introducir en el anarquismo la táctica autoritaria de la dirección de arriba y de la aristocracia del talento oratorio o literario.

Todo intento, por leve que sea, de trazar una línea divisoria cualquiera entre el anarquismo y el proletariado adepto, es una aberración pequeño-burguesa. Históricamente el anarquismo es una doctrina proletaria y debemos defender esa característica esencial de nuestro movimiento. Ni doctores ni geniecillos que elaboren al margen de la vida y de la acción libertaria de los trabajadores una capa especial de aristócratas pueden ser tolerados en el movimiento. Al margen de él vemos con gusto la mayor difusión del radio de las ideas, en la pintura, en la poesía, en la filosofía... Pero la base no está en la filosofía, ni en la pintura, ni en la poesía; está en el proletariado que reconoce la injusticia de su situación y lucha por abrir la vía a una nueva forma de vida sin autoridad ni explotación del hombre por el hombre. Es preciso prevenirnos contra el peligro en que cayó el socialismo autoritario, que sólo se relaciona con las masas debido al sistema de

coartaciones que ha sabido imponer para extraer de la generosidad obrera una renta con que mantener a los pontifices de la teología marxista. Nosotros queremos cooperar todos con el óbolo del esfuerzo voluntario a difundir nuestras ideas, a ensanchar su contenido, a enriquecer el tesoro común; no queremos que nos den hechas y maduras las conclusiones, los postulados; deseamos que todo pase por el tamiz de nuestro cerebro. Por tanto, no hay lugar a nuestro lado, en medio de nosotros ni sobre nosotros, para una aristocracia encargada de ahorrarnos a todos el trabajo de pensar y de reflexionar sobre los medios y las vías que nos acerquen a la tierra de promisión. El anarquismo, como hasta aquí, no rechaza ninguna cooperación; no exige a sus partidarios más que la buena voluntad; no les pregunta si nacieron en una choza o en un palacio; pero sí les exige que dejen fuera toda pretensión autoritaria; el anarquismo es un movimiento de iguales, no de miembros de primera y segunda categoría, de directores y dirigidos, de exégetas y pontifices y de grey sumisa y obediente.

D. Abad de Santillan

De hombre a hombre

Los hombres se diferencian entre sí por sus ideas, por sus sentimientos, y por sus obras. No podemos apreciar ni valorar ni juzgar la obra o los hechos de los hombres, sin tener en cuenta y conocer las ideas morales y sociales que los caracterizan y distinguen. Los hábitos y costumbres no son más que el fruto de las ideas, que con el tiempo llegan a convertirse en una segunda naturaleza, en una modalidad instintiva específica, característica, natural. Las ideas constituyen y crean en el hombre su idiosincrasia; porque ellas son las que trabajan en lo más íntimo de la naturaleza humana la sensibilidad y las aptitudes que crean los distintos grados de civilización que favorecen al desarrollo de la vida del individuo y de la especie. El progreso moral y social de la vida, si es que existe, comienza en los ideales que cambian y transforman las relaciones de la vida social, haciendo que los esfuerzos del conocimiento y de todos los esfuerzos morales, económicos, intelectuales, etc., etc., efectuados por las generaciones que nos precedieron en el curso de la evolución puedan favorecer y ser aprovechados por todos los seres humanos. Esto es, el progreso, de cualquier naturaleza que él fuese, para ser tal, para que en realidad beneficie la vida de la especie humana, debe estar al alcance y a disposición de todos, porque no puede considerarse útil y beneficioso y convertirse en un progreso, sino aquello que tiende a establecer condiciones favorables al desenvolvimiento y desarrollo de la vida del conjunto social y de la especie humana. Y así como un grano de arena, al desprenderse de la cima de una montaña, es a veces suficiente para transformar la configuración geológica; así también una idea, fruto de la experiencia y de las inquietudes del espíritu humano, contribuye y puede transformar la faz social de la vida humana, llevando a la conciencia de los hombres una mayor claridad de las cosas, y en consecuencia, una visión más elevada y amplia en la interpretación y en las manifestaciones de los sentimientos morales que hacen posible la vida social de los pueblos. Para que el lector pueda distinguir y apreciar la obra, las ideas y los sentimientos de dos hombres, que recientemente, por sus hechos, nos han conmovido a todos, destacándose inconfundiblemente cada uno de ellos, por ser la encarnación simbólica, la expresión sintética de la lucha social que agita el espíritu humano, conmoviendo con sus manifestaciones las formas de convivencia social que, si en un tiempo respondieron a las necesidades y a las inquietudes del espíritu, hoy no consiguen satisfacer ni responder al grado de conocimiento alcanzado, que es el factor esencial que opera las transformaciones de los sentimientos morales y sociales en la vida del individuo y de la sociedad.

Estos dos hombres son: Kurt Wilckens, el compañero anarquista, y Pérez Milla, el soldado o el patriota.

He aquí dos hombres que responden perfectamente y expresan dos mentalidades y dos grados de sensibilidad, tan diametralmente opuestas, que por sus manifestaciones revelan el valor de las ideas que cada uno encarna. Ahora analicemos

poner para...
brera una...
pontíficos...
ros quere...
plo del es...
nuestras...
Jo, a enri...
nemos que...
conclusio...
de todo pa...
bre. Por...
o lado, en...
sotros, pa...
de anorran...
r y de re...
s vías que...
promisión...
uf, no re...
o exige a...
ena volun...
on en su...
les exige...
ón autori...
movimient...
primera y...
s y dirig...
y de grey

illa

bre

entre sí...
ciar ni va...
hechos de...
ta y cono...
que los ca...
pitos y co...
to de las...
a conver...
en una...
caracte...
stituyen y...
casia; por...
en lo más...
a la sensa...
ion de los...
favorece...
individuo...
moral y so...
comienza...
ansforman...
haciendo...
miento y de...
económicos...
os por las...
aron en el...
avorecer y...
seres hu...
cualquier...
er tal pa...
a vida...
al alcan...
ue no pue...
o consi...
sino aqué...
ndiciones...
y desarro...
de la...
grano de...
na de una...
ara trans...
gica; así...
xperiencia...
o humano...
la faz so...
ndo a la...
mayor cla...
sencia...
a, hoy no...
a ni gra...
e al que...
e anorma...
es y socia...
a la socie...

Wickens,
= Millán,

responden...
mentalida...
tan día...
sua mani...
las ideas...
nalicemos

y veamos en qué se diferencia el patriota del anarquista.

No voy a relatar las escenas de sangre y de refinamiento criminal ordenadas en la Patagonia por Varela. Esos crímenes horribles, tan habituales y tan corrientes en el presente régimen social demuestran por sí solos la razón en que descansan las instituciones que los organizan y los ejecutan. Este solo hecho sería suficiente para demostrar los sentimientos y el grado de sensibilidad que caracteriza a los hombres que con variados pretextos los ordenan y los creen necesarios y hasta justificables. Pero dejemos esto. El hombre que no se siente indignado, soblevado, dispuesto a protestar por semejantes crímenes sociales, podrá ser un buen patriota o un bravo soldado, cualquier cosa menos un ser humano. El que no siente el dolor ajeno está más cerca de la animalidad que de la familia humana. Hay una cosa en la vida del hombre que está por encima de todo, que es superior a todo, al arte, a la ciencia, a la patria, a la religión, a la nacionalidad, a la industria, a la familia, a la propiedad a los intereses, etc., y esa cosa, que es lo único grande y sublime para el hombre, es la vida misma. Suprimida, esclavizada y entorpecida la vida, ¿qué os queda? ¿para qué sirve lo demás sin la vida? Bien; Kurt Wilckens, el anarquista, siente en lo más íntimo de su ser todo el dolor de la tragedia. La vida en semejantes condiciones es peor que la muerte. Frente a esos hechos, los hombres buenos, los seres humanos y civilizados no pueden sobrevivir; se asfixian; la injusticia no puede quedar impune, tarde o temprano la justicia vuelve por sus fueros. Wilckens se inmola voluntariamente, no es un esclavo del deber, es un hombre que por amor a la vida de los hombres se sacrifica sonriente de su obra. Y como no puede suprimir con su gesto la causa del asesinato de 1.500 obreros, suprime al instrumento que lo ejecuta. No vamos nosotros ahora a poner de relieve todas las causas determinantes que originan esos actos, inevitables mientras subsista el actual orden de cosas.

Nadie como el anarquista pone tanto empeño porque desaparezcan esas causas; por eso también, nadie como los anarquistas es tan villanamente tratado por los que se creen con derechos a perpetrar toda clase de delitos sin reconocer a sus propias víctimas el inalienable y natural derecho de defensa. El delito de Wilckens ha habido amado demasiado a los hombres. Cuanto más se ama la vida de los demás, más hondo y más mortificante es el dolor ajeno, hasta que el hombre pierde la noción y el placer de su propia existencia. Los indiferentes y los malvados no pueden comprender estas cosas, les falta sensibilidad para alcanzar este grado de perfección. El que no sufre no puede sentirse inquieto ni comprender el dolor, las miserias y las injusticias ajenas. No viven como seres humanos ni han comprendido el significado natural de la vida social. El que no se siente ligado a la vida de la humanidad veiga como los parásitos al margen de la vida.

Pérez Millán, patriota y soldado profesional, por su acción es un digno exponente de la decrepitud moral en que se debate el mundo del privilegio y de la barbarie del autoritarismo. Los jueces que lo condenan, tuvieron miedo de proclamarlo ante los ojos del mundo como a un San Martín del país. El héroe del nacionalismo, que es el odio a la humanidad, ha sido sacrificado por la cobardía de sus jueces, a diez años de cárcel. Y este solo hecho demuestra la falta de consecuencia moral con los ideales de la justicia del privilegio que rige la vida social en el presente régimen burgués y autoritario. Pérez Millán es el símbolo nacional de los que viven de la explotación y de la violencia. Kurt Wilckens es el símbolo de la justicia popular que, por amor a la humanidad, se sacrifica; es el Jesús de la nueva humanidad. He aquí la síntesis: El amor y el odio en su eterna lucha por la vida. El triunfo es del amor, porque es el único que perdura a través de las generaciones, y lo único que edifica la vida de la humanidad.

HELIOS

A menudo damos al Derecho el nombre de soberanía de nuestros padres. Pero esto es una ilusión singular. Con frecuencia era un producto precisamente de sus pasiones, de su temor, de sus envidias, de su falta de entera y de sus ambiciones de mando. Y no nos hallamos sumamente necesitados de variar y reformar la llamada soberanía de nuestros padres, de mejorarla, descubriendo su ignorancia y condenando su intolerancia?

GODWIN

LA PROTESTA, diario y el SUPLEMENTO, semanal

Suscripción mensual a ambas publicaciones, DOS pesos m/n

Variaciones sobre el mismo tema

Decía Barret que le bastaba el sentido etimológico: ausencia de gobierno. A nosotros también nos basta. Porque la autoridad, como institución, como un sistema de orden social, condensada en dogma, nos parece la monstruosidad más absurda que pudo salir de la mente del hombre.

Entonces hay que ir contra la autoridad, donde quiera la encontremos

Es que el morbo autoritario se halla tan arraigado en la entidad humana, que a la menor incidencia, en el instante más impensado, asoma el mandón que apele a la violencia y al dolo.

Es una cura muy lenta la que deberá realizar el hombre para librarse de las dos cosas que más le envilecen: ser esclavo o ser autoridad, en cualquier forma ésta se manifieste.

Para llegar a este estado ideal y temporario de poder negarse a desempeñar la función del verdugo o el papel de víctima, habrá el individuo de empezar a tallarse una personalidad independiente.

Es posible que los millones de seres embrutecidos por los prejuicios inculcados por siglos y siglos con el ritmo incesante de la gota de agua que horada la piedra. Es posible que las turbas roídas por el hambre y la miseria — miseria y hambre que heredan de generación en generación, como otros heredan riqueza y bienestar — puedan labrarse por sí mismas esa profunda moralidad que hace que nos neguemos a mandar y obedecer ciega e inconscientemente?

A esa labor de redención y elevación de la entidad humana y de la masa tiende el anarquismo con su ideal infinito de eterno anhelo y sus hombres más preclaros.

En la medida que este ideal anárquico y por eso mismo profundamente humano, ha contribuido y contribuye al fin que se propone, están los que han hecho el sacrificio de su vida para roturar el campo, abonándolo con su sangre y el dolor de su entendimiento.

Han sido los héroes que de trecho en trecho iluminaron los senderos entenebrecidos por la barbarie de la cultura actual. Fueron como los insectos de luz que los salvajes clavaban en los pilares para que les alumbraran el camino. Son todos los que penetrados por la verdad nueva a proclamar y horrorizados del espectáculo que les ofrecía el panorama de la humanidad, prefirieron los peores sufrimientos con tal de no incurrir en la complicitad de un silencio cobarde.

Los primeros tiempos del anarquismo fueron verdaderamente épicos. Eran las épocas de las afirmaciones rotundas, donde no cabían sutilezas ni distinciones, y la revolución se esperaba a cada vuelta de esquina o que estallara después de unos pocos años.

Esta perspectiva paradisiaca embriagaba muchos corazones y les hizo cometer locuras bellas y majaderías que participaban de lo sublime, por la ingenuidad y el candor que las engendrara.

Pero pasaron los años, y cada vez esta revolución, con su apéndice, la sociedad futura, se alejaba más.

Entonces vinieron los tiempos de prueba para el anarquismo. Además, una a una, las más ingentes personalidades que eran faro y guía para muchas almas, desaparecieron.

Es cierto, quedaron sus obras; pero no en vano pasa el tiempo y la vida. La vida avanzó, cambiando incesantemente; las circunstancias, el ambiente mismo, pusieron un sello de inactualidad en muchos libros, que en un tiempo fueron semilleros de ideas fecundas y útiles.

Los lugares comunes, hechos cliché, se reeditaban a cada paso, favoreciendo la pereza mental de quienes engullían esa bazofia ideológica.

La misma pasada contienda no favoreció mucho la ideología anarquista, ni tampoco la bibliografía anarquista.

Los libros fundamentales sobre y contra la guerra no salieron de las filas anarquistas, ni tampoco burguesas, sino de individualidades de cierta independencia mental.

¿Es que a nosotros nos falta brío, inteligencia para afrontar estos problemas generales?

Lo que sucede y sucederá por mucho tiempo, es la falta de una disciplina mental y el poder de autocritica, que deberíamos ejercer a expensas nuestras.

Principiaremos a encarar la propaganda escrita. No trataremos de herir susceptibilidades de nadie, y nuestras objeciones tendrán un carácter generalizador que no pone en el índice ninguna tendencia, ni tampoco personalidad alguna.

La laguna principal estriba en que los elementos de la realidad cotidiana entran escasamente en nuestros escritos.

Los hechos, las ideas, los acontecimientos más propicios al comentario moralmente revulsivo, y no dogmático, ni sectario, se nos escapan de nuestras manos como al muchacho que quiere retener el agua empuñándola.

Nuestra prosa es un cedazo que deja escurrir el grano y retiene los chinarrros. Lo frío, lo que es meramente letra, — no ánfora sutil, rebosante de espíritu y emoción — sino doctrina elevada a su máxima potencia de metafísica pedestremente vulgar, que congela el entendimiento que la recibe, impera especialmente aquí y en otras partes en nuestra propaganda escrita.

Somos el caballo de pista que, al girar alrededor de ella, tiene la ilusión de que marcha leguas y leguas. Es el círculo vicioso que vuelve incesantemente, estando siempre en el mismo lugar; y esto acontece siempre cuando la letra mata el espíritu.

De esto, a todos nos cabe alguna responsabilidad. En mayor grado o menor, todos o casi todos somos un poco culpables: por negligencia, por pereza, por varias circunstancias de la vida, que no pudimos vencer, aflajados los resortes de la acción, en sentido espiritual y material, las consecuencias no tardaron en hacerse sentir con todo su séquito de relajamientos inherentes a las épocas de crisis.

Entre las filas de los anarquistas hay muchos, de muy buena voluntad e inmejorables intenciones, que al cambiar de credo ideológico les sucedió lo que a la botella que cambia de etiqueta pero no de contenido. Es decir, que al abrazar un ideal general, no trataron de comprender su significado íntimo, que les habría llevado a escalar peldaños por peldaño, el ideal accesible y cotidiano de su propio perfeccionamiento mediante el estudio y el ejercicio de todas las disciplinas susceptibles de mejorar la naturaleza humana, que los tornaría útiles y aptos para predicar con el ejemplo. Y un ejemplo quizás pese en la balanza de la existencia más que cien palabras muy bien dichas y armoniosamente moduladas. Cuando Diógenes encontró alguien que negó el movimiento de la vida, echó sencillamente a andar.

Hablemos, ya que ello es necesario, pero que nuestra palabra no desmentira en lo humanamente posible nuestras acciones. Sobre todo no incurramos en lo vagamente metafísico, enturbiando las aguas que ha de beber la muchedumbre.

Particularicémosnos, para después generalizar; ese es el método que han adoptado los más claros apóstoles del anarquismo. Partir de un hecho que está al alcance de todas las mentalidades para deducir las premisas ideológicas o filosóficas, a eso debe tender nuestra propaganda. El rabí de Judea fué escuchado por la multitud, inflamandola de un santo amor porque sus apólogos eran animados por el suceso concreto y viviente. Fué el artista supremo, ya que para hacer arte no necesitó esculpir, ni escribir, ni pintar. Su obra es eterna porque la extrajo de la cantera viva de la realidad cotidiana.

Marchemos a compás con los acontecimientos para que nuestra verdad sea como el pan de cada día, que nutra y fortifique la inteligencia del hombre a fin de que ella le ilumine, librándole de todas las coyundas y todos los prejuicios que le esclavizaban y lo ahogan.

Los medios para realizar esa obra creadora en el sentido lato de la palabra se hallan al alcance de todos aquellos que

están animados y encendidos por una voluntad devoradora de hacer algo. A quien nos oponga sus torpes argumentos de lo utópico de nuestra teoría, recordémosle que muchas cosas se consideraron utópicas y fueron luego realidad. La utopía de hoy es siempre la verdad de mañana. Es como la semilla que precede naturalmente al fruto.

Así como Leonardo fué tildado de visionario cuando dijo que el hombre volaría elevándose en el espacio, son los anarquistas que hoy afirman que algún día bajará entre el género humano la fraternidad y la concordia, sin ser impuesta por la autoridad y la ley. Es que en la esfera inalienable del espíritu, nos hallamos en las mismas condiciones en que se encontraban los contemporáneos de Leonardo Si fueron necesarios quinientos años y más para que se convirtiera en realidad la volación, particularmente debido a circunstancias físicas, ¿cuánto no deberá la humanidad esperar para ver solamente un principio de la sociedad futura con que ella sueña? Al considerar la lentitud de la evolución moral de la especie humana, el trayecto a recorrer se nos presenta espantosamente largo. Es que en la naturaleza inanimada sucede exactamente lo que con la de la espiritualidad. Una flora y una fauna no aparecen hasta que las condiciones climáticas hacen posible su evolución. La temperatura adecuada a los sueños ideales, es necesario que nosotros la creamos; por nuestro esfuerzo continuado hacia una perfección individual y colectiva.

VALENTI

TRIPTICO

La naturaleza.—

Fuente inagotable de energía, de belleza, de ciencia, de armonía en eterna evolución. Remanso universal de la existencia que palpita, vibra y fluye en todo. Misterioso laboratorio de la vida, donde la materia adquiere la expresión maravillosa de flor, del pájaro y del hombre. Síntesis de la vida de la naturaleza: pensamiento y acción.

La naturaleza es el regazo de la vida universal; es el manantial donde el espíritu humano satisface la inquietud del más allá...

Ella es el Jordán donde la vida se renueva constantemente en su eterna e infinita evolución.

La vida.—

Síntesis vital de las incomparables energías de la materia. La vida es la conciencia de la naturaleza. Ella está en todo, lo penetra todo. Movimiento y fuerza, pensamiento, luz, ¡no significan, no expresan graduaciones distintas, por las cuales se manifiesta la vida en los tres reinos conocidos: mineral, vegetal, animal? ¿No ha llegado aún la hora del reino de la humanidad? Yo creo que llegará. La voluntad y el pensamiento humano tienden a ello. ¿Es esto un disparate? Hagamos punto entonces, pero la vida no se detiene.

El hombre.—

El hombre y la naturaleza se identifican, se complementan, más aún, son una misma cosa. Reclús, ese gran cerebro y ese enorme corazón anarquista, dijo: "El hombre es la naturaleza formando conciencia de sí misma". De ahí que, a voz de esa conciencia hable en nuestros días por intermedio de las ideas anarquistas. El hombre, se ha dicho, es la medida de todas las cosas. ¿Y el conocimiento de las cosas no es de cierta manera la medida de lo que desconocemos? He ahí el punto de partida de la conciencia humana. La naturaleza se revela en la vida del hombre por las ideas morales que "humanizan" la existencia.

X.

MIGUEL BAKUNIN

(Noticia Biográfica)

Por James Guillaume — Folleto de 48 páginas — Precio: \$ 0.20

EDITORIAL LA PROTESTA

Las Artes plásticas en el extranjero
Louis Lozowick, pintor de ciudades

Uno de los modernos pensadores chinos de la tendencia europeizante, después de una permanencia de varios años en los Estados Unidos, publicó un estudio sobre lo que él denominaba "La civilización bárbara de Norte América". Los juicios que le merecían los problemas más importantes y vitales desarrollados y resueltos con el peculiar espíritu de esta raza en la que abundan los Calibanes y los Shylocks, eran rotundamente terminantes. Decía que sí, por cualquier fenómeno te-

propósito seguir el dédalo de la argumentación del publicista chino, confesáramos que nos hallamos completamente de acuerdo con la negación en bloque de la civilización actual yanquista y yanquizar-te...

Presentemente, la barbarie civilizada, con barnices literarios, artísticos y científicos, se ha refugiado en Yanquindia y las Porcopolis que la pueblan. Por noticias de Ana Berry, escritora anglo-española, que publicó un libro definitivo sobre Bernard Shaw, supimos que un grupo so-



LOUIS LOZOWICK — "New York"

lérico, las ciudades y los treinta y pico Estados de ese continente se hundiesen en las regiones plutónicas del mar, de lo que fué la civilización mecánica, científica y protestante norteamericana, nada quedaría como recuerdo para las generaciones venideras.

Nada quedaría, según él, a excepción del inmortal poema "Annabelly" de Poe y las melodías nostálgicas de los negros de Virginia. Y hablaba de este modo, con la autoridad otorgada por una raza milenaria, que en su mismo seno vio nacer y fenecer muchas civilizaciones, con su inmensa cohorte de artistas, de sabios, filósofos y profetas, que fueron de un valor incalculable y, no obstante, perdidos en el misterio de una noche insondable. Y citaba como ejemplo la civilización helénica, antípoda a la norteamericana, de cuyos recuerdos fragmentarios se alimentaba todavía la decrepita Europa, la que sí, aunque produjo una multitud de genios, cuyas obras vivirán perennemente. El pensador asístico enumeraba Shakespear, Cervantes y etc., llegando a la conclusión que Estados Unidos nunca tuvo más que mediocridades en las varias manifestaciones de su vida intelectual y artística. Pasaba revista a los hombres del pasado y del presente que descollaron en un orden u otro. Los argumentos aducidos eran por demás sensatos, ingeniosos y plenamente convincentes. No estaba nuestro

litario de artistas pugnaba fuertemente para quedarse a flote sobre la oleada de grosería que intentaba ahogarlos.

Imposible es que una civilización en sus peores momentos de decadencia espiritual y de auge materialista no posea un núcleo de seres excogidos que sea el sagrado donde se oculta toda la idealidad de la raza. Son la levadura que hará sabroso el pan ácido y sin sal...

Y Estados Unidos no podía ser la excepción. El tiempo que necesitará esa colmena silenciosa para preponderar e influir en los destinos de su nación, es lo que hay que interrogarle a la esfinge o a ese compatriota de Confucio.

II

Particularizando este tema a las artes plásticas, la tierra ubérrima de la Unión todavía no tuvo un pintor, un escultor equivalente a un Walt Witman y a Poe, en poesía. El ambiente comercializante asota a los talentos que quisieran independizarse de su esclavitud para actuar en la esfera del arte puro. El éxito resonante de un Sorolla y de un ejército de mediocridades europeas es el detalle revelador del gusto general. Existen numerosos ilustradores buenos, regulares y pésimos, pero asimismo el conjunto no puede rivalizar con los grupos más destacados de Europa. Es cierto, hay un Pow-

erly, que es inglés y no norteamericano.

Entrando más en detalles, la pintura y la escultura norteamericanas no marcan rumbos ni se zafaron de la influencia occidental.

A decir lo contrario, escribe el crítico de "The New York Herald", presentando al pintor urbano, según él, épico, Lozowick, cuyas inspiración y cualidades plásticas enaltece, presentándolo como un revolucionario y un caso único que inicia un ciclo estético en su país.

Veamos. La urbanización de la vida alcanzó un auge mayor y pleno con el moderno progreso social. Se hizo inevitable merced al advenimiento de la revolución mecánica y la ilimitada capacidad de usar sus productos. En la Unión, este desarrollo fué más vertiginoso debido a las facilidades técnicas y por el numeroso florecimiento de empresas comerciales e industriales.

Las ciudades americanas en este sentido, con su ciclópea arquitectura, sus rascacielos, sus monumentales bloques de casas, sus gigantescos puentes, los mástiles de sus chimeneas, su red de cables superpuestos y sus calles inundadas por un incansante torrente humano, con toda suerte y clase de vehículos, son el símbolo del esfuerzo titánico de una raza que, en su brutalidad, tiene también su acento épico. Y estas ciudades surgidas por el poderío de su maquinaria — el dinamismo mecánico añadido al dinamismo espiritual — deben poseer su romanticismo y su soplo poético, para aquellos capaces de desentrañarlo. Si Raffaelli, con los barrios leproso de París compuso poemas de color, también los rascacielos, para un soñador, pueden ser confundidos con las catedrales góticas. En arte todos los pretextos son buenos. Basta sentirlos profundamente e infundirles nuestra voluntad de vivir, para que vivan eternamente. Y esa alma de América, tosca, comercializada, aventurera, rapaz, pero siempre generosa para derrochar energías en empresas en las que pueda asombrarse, se revela en la anatomía de sus ciudades. No es el aspecto compósito de nuestra metrópoli, donde se codean todos los estilos y todos los órdenes arquitectónicos más disparatados se acumulan en un farrago grotesco, sino que en ellas su homogénea fealdad guarda un carácter único, como un monstruo de la naturaleza, cuyas partes armonizan en una idea central. A nadie se le ocurrirá decir que un lagarto es feo. Nada le sobra ni le falta; en su unidad guardar un mismo estilo. Adornad al lagarto con una pluma de pavo real, y será un contrasentido, un adefesio. Y en Buenos Aires, arquitectónicamente hablando, existe el metafórico lagarto, adornado con la pluma de pavo real, símbolo de vanidad y, por ende, de mal gusto.

Ese afán de los norteamericanos de devorar la vida, dilacerándola, así como esa embriaguez de la acción, atestigüese en el bloque de sus construcciones, cuyas moles ciclópeas proclaman el triunfo efímero de una raza que quiere vencer la gloria y la inmortalidad aplastándola. Y en esta tragedia del esfuerzo desmesurado e inútil, debé haber también su poesía.

III

¿Ha conseguido Louis Lozowick infundir a sus composiciones ese aliento poderoso y épico que estremece las "Briznas de yerba" del vate cívico Walt Witman?

Las metrópolis que este artista pinta no son reproducciones de ciertos fragmentos característicos, interpretados con un sentido verista, sino una síntesis de todos los principales elementos que las constituyen, verbí gracia: elevadores, rascacielos, puentes, chimeneas, etcétera. Del modo que emplea estos elementos y los subordina a un fin dado es como surgió la visión familiar de la ciudad, es decir, su alma, lo que abstractamente entendemos por ella. No pinta lo que se presenta a sus ojos, sino lo que afecta a la mente y a la imaginación. Por eso en su visionaria verdad y en su fantástica consistencia, existe en cierta manera alquitrada y concentrada, la esencia de una realidad. En esta vida de la metrópoli no hay el torrente de la multitud despenándose por la bifurcación de las avenidas, nada del caótico tráfico urbano. Todo está reducido a los prosalcos elementos que se hallan en todas las ciudades; sin embargo, en la coordinación del ritmo de la composición, en sus torres, en la multiplicación de las masas de los

edificios, con sus innumerables oficinas, el abismo de sus calles y de sus viaductos, nos sugiere cuáles fueron las fuerzas tenebrosas que concurrieron a su construcción.

En su técnica, Lozowick alterna los métodos. Aprovecha los descubrimientos de varias de las clásicas y modernas escuelas, sin adherirse a ninguna ciegamente. Diremos que tiene cierto aire de cubismo hecho apto para los filisteos y particularmente para los yanquis. Tanto recurre a los tradicionalistas como a los modernísimos. Dibujo, composición, distribución geométrica, disociación de los movimientos, perspectiva invertida, así como el motivo lógico de la estructura dominante y en el juego de los contrastes, de todo se vale para su total expresión.

No será esta particularidad que le rehusaremos al artista, y ya que le hemos reconocido múltiples cualidades, pongámonle algunos reparos: y es la falla fundamental de la escuela cubista. A pesar de que el cubismo de Lozowick es ordenado y con cierta lógica en su conjunto.

Diremos en qué consiste esta falla. De primera intención, cuando se ve una composición que observa los cánones de la escuela, nos inspira cierta confianza en la solidez de los volúmenes y los planos plásticos, pero observándola detenidamente, como se debe observar cualquier cuadro, nos da la sensación que está construida con cubos y latas vacías y que al golpearlas resonarían como un bombo. Juramos que somos completamente sinceros e interpretamos una sensación real que hemos experimentado. Dejaremos de lado la patraña de la emoción, de la cual nosotros mismos hicimos bastante gasto, y de la humanidad que debe existir en toda obra de arte, y considerando la escuela cubista estrictamente desde el punto de vista plástico, como quieren ellos, confesáremos que es la pintura menos plástica que hubo desde los griegos acá. Sabemos que con una sencilla línea se puede dar la sensación de plasticidad. Pero esa línea es difícil que aparezca en sus telas. Repetiremos lo que hemos dicho muchas veces, que los cubos y las figuras geométricas existen en cualquier composición clásica, aunque no se vean, porque se hallan interiormente, no exteriormente, como en los cubistas corrientes y molientes. Es la anatomía de todo cuadro bien vertebrado, que sigue un ritmo, sin concluirlo nunca.

Es el símbolo de la sonrisa de la Gioconda, que perennemente sonríe. Es la Victoria de Samotracia, que nunca cesa en su vuelo raudo, y las pirámides de Egipto, síntesis del dinamismo extático. Desafiamos a algunos de los secuaces de los futuristas a que infundan en sus cuadros una impresión tan dinámica como la que circula por los sillares de ese monumento de los faraones. Esto se consigue solamente con la construcción o valorización que conserva un equilibrio perfecto, co-



LOUIS LOZOWICK — "Pittsburgh"

cinas, ladeadas fuer- cons-
 a los imi-
 jernas a cie-
 o aire listeos
 s. Tan-
 como a r-
 sición, de los
 la, así uctura
 trastes. resión.
 e le re-
 henos pongá-
 lla fun-
 A pesar es orde-
 conjun-

mo el fiel-de-la-balanza en continua titi-
 lación. Y ellos suplantaron el impresionis-
 mo del color, remediando un defecto lí-
 rico que culminó en Monet, para incur-
 rir en otro más grosero, que es el impresio-
 nismo de los volúmenes caleidoscópicos.
 Por eso los cuadros de Louis Luzo-
 wick se resentían de la superficialidad
 del procedimiento y de la materia plásti-
 ca que emplea, aunque la mayoría del
 público, por lo legible de su composi-
 ción, los prefiera a los estrictamente cu-
 bistas.

At.

Reniego de la ciudad

*Lejos de ti, ciudad, vivir quiero
 la paz salvaje del campo sin cultivo;
 humedecer mi lengua en sus arroyos
 y despertar cuando el sol muestre su*
 [disco]

*Lejos de ti, ciudad, la vida quiero
 pasar entre arboledas y montañas.
 Tú nada me enseñas de atrayente.
 Cuna de dolor, copa de lágrimas.
 Al cruzar por tus calles, no sabes
 el hastío que siento,
 ignoras el por qué de mi tristeza,
 y es que me ahogo en tu cárcel de hierro;
 yo contemplo tus altos caserones,
 y al fijar la vista en el cielo
 la paz interior me solicita.*

*¡Por qué habéis matado el pensamien-
 to!
 Lejos de ti, ciudad; yo más no puedo
 respirar tu perfume envenenado;
 quiero la fuerza del retoño, la libertad
 [del pájaro,
 en mi choza de burro, junto a un lago.*

ARTURO CONTE

Diorama artístico

Momias de trance en ultrafuturismo

Hace ya un tiempo que "La Nación", en un editorial campanudo, sonoro y kilomé-
 trico, protestaba porque un geógrafo fran-
 cés — cuyo nombre no recordamos — ha-
 bía descrito nuestro país como una gran
 selva interrumpida de trecho en trecho
 por ciudades semi-bárbaras y habitadas
 por poblaciones naturalmente semi-
 primitivas, donde no escaseaban los gauchos
 con lazo y los indios que se adornaban
 con plumas de colores abigarrados y ta-
 parrabos vistosos.

Las razones que alegaba el cotidiano de
 la calle San Martín, de un orden mera-
 mente objetivo, nos parecieron superfic-
 ialmente abrumadoras y, por ende, poco
 convincentes. Fue la habitual sonata del
 organillo de Berbería. Después de desfo-
 garse histérica y furiosamente, ese desdi-
 chado redactor se plafía enumerando to-
 das las ventajas de Indole material, al-
 canzadas desde la época de la proclama-
 ción de la independencia.

Una sospecha picuda y aviesa se engan-
 chó de una de nuestras células cerebra-
 les, arrastrándonos a la conclusión que
 el oceanógrafo, astrónomo o cartógrafo
 francés — "come a voi vi pare" — hu-
 bo de haber descrito la patria de Mitre,
 Belgrano y etc., a través de los prismáti-
 cos eutrapélicos de la chunga y del sim-
 bollismo.

Simbólica y metafóricamente, no consi-
 deró que el taparrabo era la prenda más
 en boga en este país, pero intelectual y
 artísticamente nos creía en el estado se-
 mi-salvaje de los pueblos bárbaros, en
 que las plumas pintorescas, los tatuajes
 y las baratijas de cuentas de cristal son
 las únicas prendas estéticas — merecedoras
 de nuestro mal gusto, casi siempreñoño,
 zafío o grosero.

Nosotros, conocedores a fondo de nues-
 tro medio, no pudimos hacer a menos de
 concordar con la opinión expresada por
 nuestro colega en ciencias acuáticas, tan-
 to más cuando hubimos de contemplar
 en lo de Van-Riel, los innumerables ma-
 merrachos, amasados trabajosamente y
 sudando a mares por la flor y nata de
 los "jóvenes maestros"... en el arte ram-
 pante de la adulonería, ya pintando, es-
 cribiendo o chismorreando.

Y eran las momias galvanizadas por en-
 vidia y rencor surgiendo de las subterrá-

neas criptas para vestir el traje cascabe-
 lero de los bufones viles y serviles a fin
 de disfrazar la vejez milenaria de sus
 espíritus. Se trataba de proporcionarle
 comida a la fiera, al público incompre-
 hensible e ignaro, a la caterva de idiotas, a
 los tilingos, a las damiselas góticas y a
 las damas adiposas y obtusas. Toda la
 plebe social y artística podía reírse hasta
 reventar.

Y fué como si las ideas, las emociones,
 las ansias, la angustia y toda la urdimbre
 sensorial, que integra la personalidad del
 artista, se hallase, allí, en el redondeo
 de la arena cual una virgen desnuda y
 temblorosa para ser devorada por las hie-
 nas y chacales, entre la gritería y el pata-
 leo, a fin de satisfacer el goce sádico de
 una muchedumbre embrutecida.

Es que la historia se repite como el
 volante que vertiginosamente gira sobre su
 eje. La plebe de la antigua Roma ha-
 bía cambiado de atavío, pero sus bajas
 pasiones eran las mismas.

Y el público se reía, se reía, con risa
 forzada, como haciendo cumplidos, des-
 concertado bajo esa lluvia de sal gruesa
 de cocina y ese derroche de ingenio gas-
 tronómico de las porteras, reaccionando
 de cuando en cuando, temiendo de no pa-
 recer inteligente y de no haber entendi-
 do el humorismo seboso de los exposito-
 res.

Y se sonreían con regocijo interior y dis-
 simulado los "maestros consagrados" y
 fosilizados, ellos, los criminales natos,
 ellos, los asesinos de toda emoción plás-
 tica y del buen sentido, como si aplaudie-
 ran la adulonería de sus hijos espiritua-
 les, verdaderos abortos del arte.

Se sonreían los que fueron rodando de
 fracaso en fracaso, los impotentes, los au-
 dróginos, todos los lisiados intelectual y

artísticamente, tomando la ansiada revan-
 cha, el ansiado desquite contra la auda-
 cia, la inquietud, la virilidad y la valen-
 tía, lo que, en resumen, integró la belle-
 za viviente que anda sin detenerse nunca
 jamás.

Y lo peor es que a fuer de chapuceros y
 chambones, demostraron una cobardía il-
 mitada. Todos tiraron la piedra y escondie-
 ron la mano, según su tradicional cos-
 tumbre. Y hasta hubo un San José, o más
 bien un San Pedro, que, interpelado, ne-
 gó a Cristo diez veces, disculpándose y
 llorando como un chico, que él no tenía
 nada que ver, resultando después ser uno
 de los principales organizadores de esa
 broma sebácea y sin una pizca de sal.

No tener el valor ni ser capaces de ha-
 cerse responsables de sus propias accio-
 nes, malas o buenas, es una confesión
 táctica de su nulidad en la vida y en el
 arte.

¿Cómo podrá esta gente interpretar el
 alma de su pueblo o del paisaje humano
 o inanimado que lo rodea, si no posee res-
 pecto, dignidad por su propia vida? ¿Cómo
 podrán retratar y pintar los héroes de la
 existencia, cuando ellos no se han esfor-
 zado por serlo nunca? Solamente los que
 vivieron heroicamente podrán afrontar
 esa tarea. Carlyle pudo magnificar los
 héroes que él compuso, porque su vida se
 eslabonó incesantemente de heroísmos.

Pero hablar en serio a esos señoriti-
 ngos y decirles ciertas graves verdades es
 cosa peregrina, que solamente se les ocu-
 rre a los que están maduros para el mani-
 comio. ¡Que vivan tranquilos y felices es
 lo peor que les podemos desear!

La campaña antifascista en Francia

Restituidnos Castagna y Bonomini

Son los hijos; pero los hijos de estos
 dolorosos años, borrascosos y agitados
 Si mirás sus pupilas veréis que no
 retratan la irreflexión propia de los vein-
 te años, entre el esplendor de sus brillan-
 tes ojos.

Si os detenéis a mirar sus bocas, veréis
 que ya llevan impresa la amarga curva
 de los años maduros, de los años en que
 el hombre agobiado por las deslusiones
 y por el desaliento, no es más que el ár-
 bol otoñal de la vida.

Si prestáis atención al sonido de sus
 voces, no sentiréis la fresca nota de la
 juventud floreciente, no oiréis la canción
 de los fúlgidos ensueños que burbujan
 como agua quejumbrosa entre las riberas
 de los arroyos, no sentiréis la tibieza del
 alma que se abre palpitante al beso del
 infinito temblante; pero veréis las lágrimas
 de la desesperanza ya absorbidas a los
 veinte años, la amargura de la insi-
 dia que ya ha manchado con sangre es-
 tas vidas sin esperanzas, la angustia del
 que a los veinte años ha sido herido por
 la mentira, por el dolo, por la venganza,
 el desaliento del que a los veinte años no
 posee más en el alma los perfumados y
 frescos refugios de la primavera, dentro
 de los que, hora por hora, día por día,
 olvidar es renovarse.

Un viento de desventura ha soplado
 deshojando, cuando comenzaba a brotar,
 el jardín de sus adolescencias y de sus
 juventudes.

Tronó por largos años, sin tregua al-
 guna, el cañón fratricida en los senderos
 del mundo.

Y sus adolescencias, turbadas por este
 extraño canto de fuego y de muerte, no
 conocieron la calma de los hogares sin
 dolor y sin luto.

Ni la serenidad de los apacibles cre-
 púsculos entre el efuvio puro de las do-
 lorosas campañas.

Ni probaron la paz casta y serena de
 la pequeña ciudad natal, que forma en
 el espíritu de los hombres una base só-
 lida de conciencia sin velos ni turbacio-
 nes sobre la cual cada uno de nosotros
 tiene la posibilidad de poder construir,
 sólido y alto, su destino.

No conocieron estos dos hijos una ma-
 dre riente y suave que ve crecer en tor-
 no a su joven vida, sano y seguro, los
 frutos de su amor; pero crecieron bajo
 la imagen de una madre triste y austera,
 clavada como fantasma mudo y acongo-

jado, junto al hogar desierto, absorta en
 el recuerdo del hijo y del esposo, traga-
 dos ambos por la trinchera, olvidada mu-
 chas veces del niño que entristece y en-
 fermaba en el silencio de la desolada
 casa.



MARIO CASTAGNA

No conocieron el rociado canto y la son-
 risa luminosa y la caricia devota de la
 buena hermana mayor; pero crecieron ba-
 jo la mirada obligada de una joven musti-
 cha deshecha; solo tuvieron de ella una
 sonrisa fugaz y apagada, que ponía oscu-
 ras nubes sobre la frente aborta en la
 evocación de un amado ausente.

No supieron de las horas de íntima
 alegría y de sutil poesía entre los bancos
 de la escuela; pero vieron en la mirada
 de sus pequeños amigos la misma tris-

teza de sus pupilas — flores truncadas y
 abandonadas — y advirtieron que el afecto
 vigilante de su madre espiritual, la
 maestra, buena y gentil, se amortiguaba,
 y a menudo permanecía pálida y turba-
 da para ocultar, en un corto silencio, la
 angustia y el sollozo de un lacernante re-
 cuerdo.

El alma de los ausentes, de los que vi-
 van cara a cara con la muerte, estaba
 ligada imperiosamente con el alma de los
 presentes.

Y los nuevos pimpollos de la vida fue-
 ron flores cortadas en el mes de los muer-
 tos.

Y comieron el pan amasado con las lá-
 grimas de las mujeres.

Y envolvieron sus sueños agitados con
 la tela tejida por las madres durante el
 ansia y el temor de la espera.



ERNESTO BONOMINI

Y escucharon cada noche a la abuela
 y a los vecinos, no las fábulas de las ha-
 das y del rey, no la dulce leyenda del que
 busca su perdido amor:

*"Sette paia di scarpe ho consumato
 Di tutto ferro per ti ritrovarle..."*

sino las terribles noticias de la oscura
 tragedia de cada día, y aprendieron ca-
 da noche el nombre de un nuevo muer-
 to y la angustia de un nuevo martirio
 y la desolación de una nueva ruina.

*... Quanto di piú feroce e di piú immondo
 Patir le plebi a lui 'stagnara il cor'."*

Sobre los dos muchachos que salían pál-
 idos y tristes de tal ruinosa adolescen-
 cia no echó la juventud su reflejo de sol
 para cerrar las heridas abiertas y dolo-
 rosas, para infundir firmeza a sus débiles
 ojos, para regar con agua sana sus dé-
 biles tallos.

Sobre los dos muchachos abatidos en la
 adolescencia desierta no echó la juventud
 su vuelo de rosas, no expulsó con su alien-
 to suave las nieblas prematuras, no arran-
 có del teclado de sus almas maduras, las
 notas armoniosas que permanecían cubier-
 tas de polvo; en los largos años de peno-
 so silencio, no se posó — ruiseñor armo-
 nioso — sobre las dos flores marchitas
 para hacerlas revivir al sonido de su can-
 to divino.

Pero los envolvió con un velo de luto
 que heló, como escarcha de mayo, sus
 dos plantas deshechas; pero a su alrede-
 dor se desencadenó la más terrible tem-
 pestad que hizo pedazos el teclado que
 aún podía cantar divinamente; pero se
 encogió sobre las dos vidas destruidas co-
 mo el buho que en la sombra nocturna
 lanza su lúgubre grito.

Estos han visto en los recodos de las
 calles, hombres adornados con cráneos y
 armados de puñales aguardar el paso del
 hermano inerte al volver del trabajo.

Han sentido en el coramón de las no-
 ches el alarido de un país entero asaltado
 por una banda de bandidos impunes y pro-
 tegidos.

Han visto elevarse en cada región las
 rojas llamas de un pueblo aterrizado

por un puñado de borrachos y héroes contratados.

Han sentido al fuerte gritar al débil: "No tienes el derecho de hablar."

Y al mercenario azotar al hombre laborioso: "O el silencio o la muerte".

Y al amo agricultor mofarse de los campesinos: "O la vuelta a la más dura esclavitud, o la agresión de cien contra uno".

Y al industrial imponer al obrero: "O siervo de mis ruedas, de mis hélices, de mis volantes, o el corazón rebelde y la carne sediciosa en el martirio del engranaje".

Vieron cortar, con el puñal, el sollozo desesperado de las mujeres y acribillar con plomo el pecho de los perdioseros que jamás osaron rebelarse a los hombres y al destino y descargar los revólveres contra el féretro que encerraba los despojos del tuberculoso de la guerra cuya última voluntad era: "No ser acompañado al reposo supremo por los que con sus actos deshonran la tierra".

Han visto chusmas nefastas, hombres viles derrumbar las puertas de casas indefensas y matar al padre delante de los temblorosos hijos e insultar la angustia de la mujer infeliz y alejar, con burlesca sonrisa, de un puntapié, a la abuela desvanecida de terror.

Han visto, hacia el alba, abrirse las puertas de las humildes y oscuras viviendas, y salir, cautelosa y furtivamente, a los hombres honestos, los hombres probos, y uno después de otro desaparecer, sombras en la oscuridad, hacia lo ignoto, para buscar en otra parte la paz y el reposo para disfrutar en otras regiones una hora de tranquilo sueño.

Y han sentido la afrenta y la vergüenza del esclavo flagelado.

Y el grito del hermano ultimado en el silencio de los campos hirió sus almas.

Y volviendo del trabajo han tropezado con el cadáver del compañero de fatigas.

Y han sollozado de espanto, de angustia y de locura delante la atroz y cínica injusticia social que armaba a los unos y encadenaba a los otros, que condecoraba el valor de los asesinos y condenaba a las víctimas, que protegía a las bandas ebrias y cobardes e insultaba y se burlaba de los inocentes agredidos.

Y con el corazón oprimido escucharon la voz de los heridos, la admonición de los condenados al ergástulo y recogieron el soplo y la pólvora de los escombros humanes.

Y para que los sueños de la vieja madre no fuesen turbados por horribles fantasmagoras, para que la puerta alejada del caserío sin reposo no fuese señalada con la marca de la muerte, ellos, los dos niños que eligieron su puesto entre el pueblo menospreciado siguen a los hombres que desaparecen como larvas en la sombra y atraviesan los confines y se desparan por los ásperos señeros del destino.

¡Adios, dulces y blancas cabezas que seguís con la mirada húmeda de llanto, hasta la última vuelta del camino, al hijo que afronta solo la miseria, lo desconocido y el destino!

¡Adios, blancas sendas, dispersas por los campos, que con el perfume agreste de las malezas en renuevo, endulzásteis los años del joven ya inclinado bajo el peso acerbo dolor!

¡Adios, frágil muchacha modesta y serena, con la frente recogida entre las bandas de los cabellos más rubios que el sol, quedarás en el recuerdo del jovencito errante como la pequeña madona pura a la que sus labios, heridos por los hombres, no se atrevieron a confesar su amor!

¡Adios, dulce aldea sin paz y sin porvenir, revuelto por la bruma triste de los espíritus oprimidos, tú envías al que parte, como último beso, el salud del campanario tendido hacia el azul del cielo!

Mañana, entre el ensordecedor ruido de una ciudad inmensa, y vacía de afectos, estos muchachos que por propia voluntad se han puesto de la parte de los inermes, de los inocentes, de los maltratados, estos dos muchachos que han atravesado, balbuceando una lengua enteramente desconocida para ellos, — la puerta de cien talleres y comprendido el trabajo más fatigoso y mahano para ganarse la vida y mandar la ayuda a los viejos lejanos, estos dos muchachos, que aún sin una mujer y sin un guía no se han mezclado jamás a la podredumbre de las me-

trópolis y han ignorado, en su innata pureza, los lugares de innoble corrupción, estos dos muchachos serán llamados asesinos por un acusador público.

Ellos, que si hubiesen tenido del asesino, su psicología, impulsados por las malvadas pasiones de un corazón pérfido, hubieran encontrado vasto campo en qué ejercitarlas, allá en aquella tierra infeliz, donde un *jovencito X*, besado en la frente por el dux, es el árbitro de una vida humana, donde, al que suprime, devasta y mata, se le da oro para aguzar el puñal, se le ordena la destrucción y el asesinato, cumplidos con maestría.

... "Ma nel cuor de le genti il chiuso vero
Con un guizzo d'amor risplende e brilla,
Ne la notte l'amore e nel mistero
Le folgori de l'ira dissigilla".

¡Señores Jurados!: Los dos muchachos que habían partido de su país con las manos limpias de sangre fraternal han herido; pero han herido en tierra extranjera, esto es, cuando a la gran amargura del pasado se ha añadido la soledad de las vastas ciudades sin refugio y sin alivio, que aferran entre sus engranajes al emigrado que busca trabajo y lo extravían, y lo humillan, y lo triturarán entre las ruedas de su poderosa máquina y le hacen sentir su pobreza, su inutilidad, y le hacen probar los días sin trabajo y sin pan, la desolación de las noches sobre los duros y fríos bancos de las calles, y le hacen pagar con largas horas de prisión el calor buscado en las infectas estaciones subterráneas.

Y todo esto, mientras que en torno de ellos, pingajos humanos, la ciudad resplandece entre su velo de luces y se resquebraja entre el oro, el vino y las mujeres en las salas de orgías nocturnas, y se despijela vestida de seda a lo largo de los boulevardos rebosantes de negligentes y de ociosos y se cubre con su manto sembrado de estrellas en las plazas soberbias y se engalana de luces sobre la altura de Montmartre.

He aquí sobre qué estado de ánimo se ha desarrollado la inesperada tragedia.

Con esta pesada carga de heridos, de muertos, de provocaciones, de insultos que prematuramente ha encorvado las espaldas de los dos jovencitos, con esta negra tempestad, amasada de lampos, desdenes, centellas, que ahuyentó para siempre la tregua reparadora de una jornada de sol, ¿cómo no debía inevitablemente encenderse una llama destructora, cómo no debía escaparse algún rayo mortal?

¡Señores Jurados!: Hoy, no obstante el veredicto, escudriñad todos los rincones de vuestra conciencia; y vosotros, que en otras ocasiones habéis cerrado placidamente los ojos, sobre delitos pasionales, que no tenían parecido con la profundidad de esta más vasta y más noble y más alta y más humana tragedia, y habéis absuelto ya al hombre que mató, por su amor ultrajado, y a la mujer sorprendida, por el llanto de su paz perdida, y veréis una sombra de tristeza, por el destino que habéis impuesto a estos dos hijitos.

En nombre de un pueblo desollado y amordazado, al que se azota el rostro y se ultraja el corazón, en nombre de un pueblo al que desde hace años se le niega el reposo y no se le da garantías de vida, en nombre de la libertad atropellada por los asquerosos borrachos de una inmunda pandilla, en nombre de los nobles muertos vejados, insepultos y ocultados, en nombre de las mujeres que han olvidado la dulzura de la vida serena, en nombre de la justicia de un dictador arrogante confiada a las bombas del inconsciente Balilla, a los surcos regados con sangre humana por los milicos con camisa negra, a la fusta insultante y al revólver provocador de los soldados descarados, decid, señores jurados, todavía lo podéis, una palabra reparadora.

No os pedimos la inútil piedad para estos dos vástagos sin brotes.

No os pedimos la inútil piedad para estas dos jóvenes columnas que los hombres han cometido el delito de quebrar, para estos dos generosos que han amado — como sólo a los veinte años se puede amar — los miles y miles de hermanos prostrados en las calles de Italia, y que sobre sus labios ensangrentados han sollozado toda la angustia de no poder, con el ímpetu de los vivos, resucitados.

Pero os pedimos un signo de justicia como reparación a vuestro veredicto.

Porque estos dos muchachos tenían derecho a encontrar hombres capaces de comprender su martirio, tenían necesidad

La significación del arte

En su libro "Palabras de un rebelde" y en el capítulo epigrafiado "El gobierno representativo", Kropotkin evoca el recuerdo de un "astrónomo ilustre" que empezaba a explicar un curso con estas palabras: "—¿Queréis estudiar con provecho? Empezad por inmolad uno a uno los mil prejuicios que os han enseñado".

Por mi parte me cuidaré muy bien, al empezar la breve y modesta exposición de conceptos que va a leerse, de remitirme al muy noble pero ligero consejo del referido sabio, porque tengo para mí que las ideas o los sentimientos añejos, los prejuicios, en fin, no caen con sólo desear su caída; quiero decir, no ceden al nudo influjo de una sugestión de la voluntad. Por el contrario, la depuración mental, en cuanto es dado observar, se realiza de un modo simple y espontáneo, por el libre ejercicio de la vida interior. Esto quiere decir que una vez comprendida la excelencia comparativa de nuevas ideas y nuevos sentimientos, éstos concurren a desplazar del espíritu las nociones ya envejecidas mediante un proceso de asimilación que nada tiene que ver con la voluntad. El abandono de un prejuicio implica el reconocimiento del error, y esto último a su vez involucra la comprensión de un nuevo criterio de verdad. Forzosamente, es inútil exhortar al abandono de una noción cualquiera sin antes haber proporcionado al espíritu que se pretende renovar la ocasión precisamente de renovarse. Cultivar en las almas la aptitud para comprender mejor es tarea práctica de filósofos y sabios; lo otro es declamación, especulación metafísica, nada más que teoría. De manera, pues, que yo sólo pediré a todos aquellos que me dispensen el favor de leerme, lo hagan con la mayor atención, procurando, benévolo, ahondar y completar mi pensamiento allí donde mi indiscutible inexperiencia de escritor lo haya delineado desmedrada o groseramente, y revisar, a la luz de mi exégesis crítica, la respectiva idea del arte que se posea. Cuento para ello con el desinterés, la simpatía crítica y la clara inteligencia del lector.

Pido que se me lea con la mayor atención, y esto por dos razones fundamentales: primera, porque en orden al tema de reflexión que hoy propongo se han emitido tantas y tantas desmedidamente absurdas opiniones, que de una cosa sencillísima en sí misma se ha hecho un problema de problemática solución; y segunda, porque del grado de atención que el lector ponga a contribución dependerá la eficacia suasoria de mis demostraciones.

Esto último necesita ser aclarado.

Hay que comprender que no está en la naturaleza del tema en consideración el admitir con la misma legitimidad criterios diversos según sea la posición relativa del agente que lo encare. El recurso subjetivo huelga en este caso; pues la disparidad de apreciación, legítimamente justificada por el subjetivismo, sólo tiene sentido con referencia a las ideas puras o dominio metafísico. En cambio, aquí no se trata de discernir entre abstracciones, sino de precisar un hecho fijando su natural comprensión. Y sabido es que para la aquilatación de un hecho no puede existir más de una medida de verdad. Pues, o se aprecia éste en su sentido natural y verdadero, y entonces se

acepta, o no se comprende, y en este caso, como es natural, se rechaza. Fatalmente.

He aquí por qué una vez comprendido mi pensamiento, el sentido íntimo de este pensamiento del que me apresuro a reconocerme no otra cosa que simple abogado, será imposible refutarlo.

Y bien. Existe una tendencia literaria filosófica que posee el carácter de teoría orgánica, y cuya aplicación tiene por objeto establecer objetivamente la significación y valor del arte, sacando su conclusión, no del estudio del arte en sí mismo, como sería lógico pensar, sino ateniéndose a consideraciones completamente extrañas al arte y a la belleza. Situando al sujeto sobre un punto de observación lejano de la cosa que se desea conocer, esta teoría presume de buena fe alcanzar el conocimiento efectivo prescindiendo de la recta posición del sujeto. No piensa, reconociendo como principio cierto el prejuicio en que se basa, que la condición primaria y esencial de todo conocimiento verdadero consiste en la actitud mental del sujeto frente a la cosa, y su éxito depende del mayor o menor acierto con que haya escogido el punto que ha de servirle de referencia. Porque ¿qué significa conocer? ¿qué ha de entenderse por esta palabra? Conocimiento es aproximación, acercamiento, si no identidad del sujeto con el objeto del conocimiento, entendiendo por aproximación o acercamiento la mayor o menor acomodación del espíritu con relación a la cosa a conocer. Es decir, que el conocimiento sólo es posible cuando los dos términos que intervienen en esta operación se hallen sobre el mismo plano, o lo que es igual, en la misma dirección.

Exactamente el mismo razonamiento es aplicable a la moral, pues también en este dominio existe una tendencia que teniendo exclusivamente en cuenta el interés práctico de la ética procede con el mismo irreflexivo desprecio de la consecuencia lógica. Comprendiendo, por ejemplo, que el bien es el ideal moral, sitúa, no obstante, el móvil o estímulo de la acción moral fuera de los límites del bien mismo sin advertir que, así las cosas, el principio envuelve la negación teórica del fin. Esto es inconcebible.

El acto moral se mide, no por la cantidad de bien realizado, sino por la calidad del motivo determinante de la acción. Lo que aclara su sentido es el espíritu que lo anima, no la materialidad de su resultado, de idéntico modo que el valor real de un pueblo lo constituye, no la mecánica de su civilización, sino la espiritualidad de su cultura; o como las palabras que significan por el aliento vital que les da movimiento y colorido, que las empreña de fecundas sugestiones, y no por la expresión congelada de su estructura gramatical.

Por consecuencia, todo acto moral, toda realización de bien a cuya determinación haya servido una razón o un método ajeno al concepto del bien puro, se condena a sí propio, anticipada y teóricamente, a la inmoralidad.

Pero acerquémonos un poco más. Todo acto es la realización de un ciclo completo en el que se reconocen tres momentos: la idea que lo inspira, el medio de ejecución y el fin. Ahora bien; si la idea-origen del acto es pura y el medio de ejecutarlo, es digno de ésta, el fin, aun cuando su virtud consista en producir un mal, cosa que se explica por una insuficiencia de reflexión o cálculo, el acto será, no obstante, moral. En cambio, cuando la idea y el medio sean en sí mismo inmorales y el efecto producido consista, por una de esas inversiones de la realidad que desconciertan el sentido común y que los hombres definen psicológicamente "ironía de las cosas", en aumentar de algún modo la cantidad de bien existente en el mundo, el acto será irremediablemente inmoral. Según esto, pues, la moralidad de un acto cualquiera está en razón directa de la pureza con que haya sido concebido y ejecutado, independientemente del resultado obtenido. Este será útil o perjudicial según considere su influencia con relación a más particulares intereses, mas no ha de ser en atención a eso, bueno o malo, moralmente. Resu-

Vergilia d'Andree

miendo, la moral se caracteriza por la intención y el método.

Igualmente, el arte es una actividad del espíritu libre y consciente que se basta a sí mismo, que significa y vale por sí mismo. Es algo distinto, propio, fundamental, que no necesita de auxiliares de otro orden para mostrarse en toda la verdad de su naturaleza, ni de elementos emotivos extraños para hacer sentir toda la influencia emocional de su belleza.

He aquí lo que no han podido comprender todos los semi-filósofos que sobre la base de la falsa interpretación de un hecho sencillísimo han inaugurado la pseudotendencia crítica que sólo ha servido para emborronar papel y gastar tiempo inútilmente y, lo que es verdaderamente sensible, para hacer torcer espíritus con sus largas polémicas gratuitas.

Que el arte es una actividad del espíritu, independiente de todo concepto, sea éste ético, filosófico o científico, es cosa que puede demostrarse con múltiples ejemplos y experiencias. Procuraré explicarme, pero entendiéndose antes que al referirme al arte no particularizo, sino que supongo comprender el arte en general, el arte en todas sus manifestaciones, bien que de modo especial, el género literario.

Comprendiendo que la concepción artística sólo es posible sobre la base del temperamento y del carácter, se alcanzará, por consecuencia, que toda obra de belleza da, de modo natural e ineludible, sobre determinados principios éticos e intelectuales, principios propios del que la concibe, principios que definen su naturaleza de hombre, no de artista. Esta diferencia es esencial, y el crítico de arte deberá tenerla especialmente en cuenta si desea ser cabal en su ministerio.

La presencia del elemento moral e intelectual en una obra de belleza es natural e ineludible por cuanto éste depende de la actitud mental del hombre frente a los diversos problemas del cosmos y de la vida, y ya he señalado la circunstancia de que el artista no se da sino dentro y después del hombre. Así, pues, no será verdadero crítico de arte aquel que no haya precisado previamente esta positiva distinción, ya que éste se significará por su facultad de desentrañar del conjunto de sentimientos e ideas contenido en una obra, lo que sea realmente estético, lo exclusivo del arte "puro".

Si un crítico cualquiera se propusiese brindarme con la interpretación estética de una determinada obra, valiéndose para esto de estudio o análisis de las ideas filosóficas o de los sentimientos éticos, de la "tesis", en fin, que el autor hubiese puesto en ella, prescindiendo justamente del elemento estético, ese criterio me daría, no una representación del artista, desde luego, sino una idea más o menos justa del filósofo o del moralista, del hombre, en una palabra, dentro del cual vive y palpita el artista. Lo que no quiere decir, en modo alguno, que no sea lícito juzgar una obra de arte desde el punto de vista de su contenido moral, filosófico o científico, si así se desea. Pero en este caso se tendrá cuidado de agregar a la palabra crítica, la denominación del aspecto que de la misma se considere. Así, se dirá: crítica moral, filosófica o científica, mas no artística. El arte, la belleza, hay que repetirlo, es absolutamente independiente.

El absurdo prejuicio del criterio que vengo comentando no sólo se torna palpable por la definición misma de la verdadera significación del arte, sino que basta para obtener idéntico resultado, reflexionar ligeramente sobre las consecuencias teóricas implícitas en tal criterio.

Subordinado el arte a la moral o a la filosofía, éste pasa a ocupar en el espíritu del crítico el lugar secundario de cosa accesoria, y resulta evidente así mismo, que la emoción estética sólo podrá producirse entre los espíritus que profesen principios éticos o filosóficos afines con aquellos en que se inspira la obra considerada. Así las cosas, una sensibilidad que vibre emocionada leyendo un verso de Verhaeren o Alfama, no podrá llorar sobre el nocturno de Asunción Silva, sobre la maravilla de Verlaine que empieza así:

Les sanglots longs
des violons
de l'automne
Blessent mon cœur
d'une langueur
monotone.

Y de este modo el arte pierde, en aras del relativismo de la moral y de la filosofía, su peculiar universalidad.

Muchos son los argumentos que podría allegar en apoyo de lo que entiendo por el verdadero sentido del arte; pero con lo ya dicho creo haber respondido a las exigencias que me impulsara al empezar estas líneas: Sólo he querido, de momento, hacer un rápido esbozo de un asunto cuya rica y delicada naturaleza haría merecer la consagración del libro, los honores de la reflexión serena, minuciosa y orgánica.

Finalmente apelaré, para hacer más sensible y plástico el concepto del verdadero significado del arte, concepto que por ser verdadero está situado "au dessus" de interpretaciones arbitrarias, a dos ejemplos o parábolas convergentes.

Sea una sortija de metal con un engrace que aprisione un diamante. Conviene a mi objeto que el lector se represente a este último como siendo la expresión estética de una obra, y a la masa metálica que constituye el anillo propiamente dicho, como siendo la urdimbre de ideas filosóficas, morales, etc., sobre la cual se entretese, impalpable pero presente, la belleza de la misma. Evidentemente el valor total de la sortija correspondería a la suma de los valores debidos respectivamente a los elementos que la integran, por cuanto este es un resultado sintético de partes independientes, específicas, originarias.

De otro modo imagínese un trozo cualquiera de tela sobre la que se haya estampado un capricho, y a semejanza del ejemplo anterior considérese el trozo de tela como formando el conjunto temperamental, (derivación del hombre) y el capricho como la representación sensible de la belleza, (derivaciones del artista) y se tendrá aquí también la perfecta definición de partes libres que solo podrán unirse en el seno de una síntesis ulterior.

Verifíquese ahora la exactitud de las comparaciones aducidas, y lógicamente se seguirá que el crítico de arte debe ceñirse estrictamente a la determinación del valor estético, y únicamente estético de la obra dada, correspondiendo al filósofo, al moralista y al científico ponderar los valores concordantes que en ella se observasen.

ALEJO ASVEHERUS

N. de la R. — Disintiendo en algunos de los aspectos primordiales que desarrolla el autor sobre lo que él comprende como arte puro y sin mácula, haremos un breve comentario en el número próximo.

115.093.903 25 m/n

He ahí en esas cifras un signo aritmético revelador de la medida de honestidad que calzan los funcionarios del Estado.

Por lo visto, y por lo que aún nos queda que ver, no hay profesión que demuestre con tanta claridad... las consecuencias inevitables del oficio... de administrar patriótica y religiosamente los bienes públicos... ¡Y eso que tenemos la mejor policía del mundo y la Constitución más avanzada! Después de todo, eso no es más que una bicoca en comparación de lo que ocultan los números. Porque la técnica administrativa del Estado es de una elasticidad asombrosa, y sus funcionarios, sean blancos, rojos o amarillos, son todos desde el último ordenanza al más encomendado personaje, un dechado de rectitud y honestidad cívica... y funcional. Únicamente a los gringos anarquistas se les puede ocurrir la idea de que gobernar no es más que robar; y que si por carambola existe algún funcionario del Estado con ciertos escrúpulos, ese pobre zorro quedará cesante por incompetente o irá a la cárcel por tanto.

Ese señor Pérez (Pérez había de ser), cree, el muy ingenuo, haber hecho un descubrimiento. Ese señor debe haber perdido el juicio, o no entiende una papa de administrar los bienes ajenos. ¡Pero, si estamos charlando al cuate; vengan pruebas! ¡A ver, a que ese señor Pérez no se anima a señalarnos una sola de las reparticiones o institutos del Estado donde no se robe! Esperamos sentados: ¡Pero, si el fuego anda entre zorros del mismo pelaje! y estos bichos pierden el pelo pero no las mafias... y ese público que suele correr como un lobo tras de su presa cuando un pobre roba un pan, ¿qué hace?

Pero, para no perder el buen humor, más vale no menearlo... Este es un gran país; como que es el país de los "ricos tipos". Aquí se cuecen las habas que da gusto!

ANDA

IDEALES Y REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA

Literatura política - Crítica de arte - Novelistas del último período

"¿Que es el arte?" de Tolstoy

Hemos visto, pues, que en los últimos ochenta años los críticos rusos, comenzando por Venevitinof y Nadejdin, trabajaron para establecer que el arte tiene una *raison d'être* solo cuando está al servicio de la sociedad y contribuye a levantarla a más altas concepciones de humanidad con medios que son propios del arte y que lo distinguen de la ciencia y de la literatura política. Esta idea, que había indignado a multitud de lectores de la Europa occidental, cuando fué desarrollada por Proudhon, fué defendida en Rusia por todos los que ejercían una influencia positiva sobre el juicio crítico en cuestiones de arte. Y encontraron de *facto* apoyo en algunos de nuestros más grandes poetas, como Lermontof y Turguenef, Los críticos del campo contrario, como Drujinin, Annenkov y A. Gregorief, los cuales, o aceptaban el punto de vista del "arte por el arte" o un punto de vista intermedio, el cual predicaba que el criterio es lo "bello" y afirmaba las teorías de los estéticos alemanes, no ejercieron ninguna influencia sobre el pensamiento ruso.

La metafísica de los estéticos alemanes había sido ya demolida más de una vez en la opinión de los lectores rusos, especialmente por Bielinski en su *Revista de literatura para el año 1847* y por Chernischevski en su libro: *Relaciones estéticas del arte con la realidad*. En su *Revista*, Bielinski, desarrollaba plenamente sus ideas sobre el arte al servicio de la humanidad y demostraba que, si bien el arte no es idéntico a la ciencia, y si se diferencia de ésta en la manera de tratar los hechos de la vida, sin embargo, tiene un fin común. El hombre de ciencia demuestra — el poeta muestra, pero ambos convencen, uno por medio de sus argumentos, el otro con sus escenas tomadas de la vida. Idéntica cosa hizo Chernischevski, observando que el fin del arte no es divisible del de la historia: ésta nos explica la vida, y por lo tanto un arte que reprodujese simplemente los hechos de la vida, sin darles forma artística, no sería arte.

Estas breves observaciones explicarán por qué el libro "¿Qué es el arte?" de Tolstoy produjo en Rusia menos impresión que en el exterior. Lo que nos impresionó en este libro, no fué su idea fundamental, que nos era ya familiar, sino el hecho de que el gran artista la hubiese hecho suya apoyándola con toda la fuerza de su experiencia artística: esto es, admiramos la forma literaria que dió a la idea. Además, leímos con gran interés sus mordientes críticas sobre los "preteñidos poetas "decadentes" y sobre los libretos de la ópera de Wagner; a propósito de estos últimos permitásemos añadir que Wagner escribió una música maravillosa, prescindiendo de su fondo fantástico, en aquellos puntos en que trataba pasiones humanas generales, como amor, piedad, envidia, alegría de la vida, etc.

El interés que el libro de Tolstoy despertó en Rusia fué debido al hecho de que, tanto los defensores del arte puro, como los defensores del "nihilismo en el arte" se habían acostumbrado a la idea de considerar a Tolstoy como uno de los suyos.

En su juventud parecía no haber tenido ideas muy precisas acerca del arte. De todas maneras, cuando en 1859 fué acogido como miembro de la sociedad de los amigos de la literatura rusa, pronunció un discurso sobre la necesidad de no arrastrar el arte en las pequeñas cuestiones cotidianas, el cual fué rebatido por el esclavófilo Chomiakóv, que respondió con gran calor y energía a sus ideas.

"Hay momentos — grandes momentos históricos — dice Chomiakóv — en que la auto-acusación (por lo que se refiere a la sociedad) tiene derechos especiales incontestables... Lo "accidental" y lo "momentáneo" en la evolución histórica de la vida de una nación, conquistan la importancia de lo universal y de lo humano en general, para que todas las generaciones y todas las naciones puedan comprender el doloroso gemido y la penosa confesión de tal o cual generación o nación".

"Un artista — continuaba — no es una teoría, no es una provincia del pensamiento y de la actividad cerebral. Es un hombre — y siempre un hombre de su tiempo, comúnmente uno de sus mejores representantes... Dada la gran impresionalidad de su organismo, sin la cual no sería artista, las impresiones dolorosas o agradables de la sociedad en la cual nace obran sobre él con mayor intensidad que en sus coetáneos".

Después de haber mostrado que Tolstoy había expuesto precisamente este punto de vista en algunas de sus obras, por ejemplo, en la descripción de la muerte del cochero en *Tres muertes*, Chomiakóv terminaba diciendo: "Si, habéis sido y seréis uno de los que denuncian los males de la sociedad. Seguid con Dios la senda que habéis elegido".

De todas maneras, ¿qué es el arte? Tolstoy rompe completamente con la teoría del "arte por el arte" y se pone abiertamente de parte de los que hemos hablado en las páginas precedentes. Sólo que él define aun más precisamente el dominio del arte, diciendo que el artista trata de comunicar siempre a los otros los sentimientos experimentados por él en la contemplación de la naturaleza y de la vida humana. *No convencer*, como dice Chernischevski, pero *penetrar*: a los otros con los propios sentimientos, he aquí el deber del artista, y esto indudablemente es bastante más acertado. Sin embargo, "sentimientos" y "pensamientos" son inseparables. Para expresar un sentimiento son necesarias las palabras y un sentimiento expresado con palabras es un pensamiento. Y cuando Tolstoy dice que el fin de la actividad artística es el de comunicar los elevadísimos sentimientos alcanzados por la humanidad y que el arte debe ser religioso, esto es, despertar los más altos y mejores sentimientos, no hace otra cosa que anunciar con diferentes palabras lo que nuestros mejores críticos, Venevitinof, Nadejdin y Polevoi habían ya dicho. Y en realidad, cuando se lamenta que ninguno enseña a los hombres cómo deben vivir, no advierte que es precisamente lo que hace el buen arte y que siempre han hecho, nuestros críticos. Bielinski, Dobrolíabov, Pisaref no hicieron otra cosa que enseñar a los hombres cómo deben vivir. Estudiaron y analizaron la vida, tal como fué entendida por los más grandes artistas de todos

los siglos y extrajeron de sus obras conclusiones sobre el verdadero "modo de vivir".

Y aun más. Cuando Tolstoy, armado con toda la fuerza de su crítica, censuraba lo que él tan bien describe como "falsificación del arte" no hace más que continuar la obra de Chernischevski y Dobroliúbof, y especialmente Pissáref. Se identifica con Bazarof. Esta intervención del gran artista dió a la teoría del arte por el arte, que aún estaba en boga en la Europa Occidental, un golpe más fuerte aún que todo cuanto hubieran podido hacer Proudhon o nuestros críticos rusos todavía desconocidos en Occidente.

En cuanto a la idea de Tolstoy, de que el valor de una obra debe depender de su comprensibilidad para la gran masa — idea que fué violentamente atacada por ambas partes y hasta puesta en ridículo, contiene, según mi parecer, si bien quizá no muy bien expresado, el origen de un gran pensamiento que tarde o temprano se abrirá camino. Es evidente que cada forma de arte tiene su manera especial convencional de expresarse, un modo propio de hacer penetrar en los otros los sentimientos del artista, y requiere por lo tanto cierto ejercicio para ser comprendida. Tolstoy no tiene razón, puesto que no advierte que cierto ejercicio es necesario para comprender justamente aun las más simples formas de arte, y su criterio de una "comprensibilidad universal" parece por consiguiente demasiado pobre. Sin embargo, lo que él dice encierra una idea profunda. Tiene razón ciertamente de preguntar por qué la Biblia, obra de arte accesible a todos, no ha sido aun superada. Una observación parecida había hecho ya Michelet, diciendo que lo que nuestro siglo necesita es *El Libro. Le Livre* que contenga en una gran forma poética accesible a todos, la personificación de la naturaleza en toda su magnificencia y la historia de la humanidad en sus rasgos humanos más profundos. Humboldt ya lo había intentado con su *Cosmos*, mas, aunque su obra es harto notable, sólo es accesible a pocos. No era él el llamado a transformar la ciencia en poesía. Y nosotros no poseemos ninguna obra de arte que responda aproximadamente a esta necesidad de la moderna humanidad.

La causa es evidente: ¿Por qué ha llegado a ser tan artificial el arte? Porque, siendo destinado principalmente a los ricos, ha especializado demasiado sus formas de expresión; de modo que pocos fueron los que lo comprendieron. Desde este punto de vista Tolstoy tiene plena razón. Se ve por la mayor parte de las excelentes obras recordadas en este libro cuán pocas son las que están al alcance de un gran público. Temiendo, en realidad, necesidad de un arte nuevo y éste vivirá, porque el artista, que habrá comprendido la idea de Tolstoy, diráse: "Puedo escribir altas obras de arte filosóficas, en las cuales describe el drama interior de los refinados y cultos hombres de nuestra época; puedo escribir obras que contengan las más elevadas poetas de la naturaleza y encierren un profundo conocimiento y una honda comprensión de la vida en la naturaleza; mas, si soy capaz de escribir estas cosas, lo haré de manera comprensible a todos, puesto que soy un verdadero artista. Escribiré de modo que mi concepción, siendo igualmente profunda, pueda ser comprendida por todos y que, aun el más simple hombre o campesino, pueda gustar de mi obra. He un error decir que un canto popular de arte superior a una sonata de Beethoven: no se puede comparar una sonata sobre los Alpes y la Archcontra Altas que encontramos reflejada en la música de Beethoven, con un pla-

cido y tranquilo día de estío y con la cosecha que corresponde al canto popular. El arte puro y grande, que no obstante su profundidad y su vuelo sublime penetrará en la cabana de cualquier campesino y le dará una más alta concepción del pensamiento y de la vida — este es el arte que se espera. Y yo creo en su advenimiento.

P. KROPOTKIN

(Continuará) ...

La feria de navidad

Cuando se medita sobre el triste porvenir que les aguarda a nuestros niños, se sienten deseos de fustigar con el látigo de la razón y de la justicia, el rostro hipócrita de los hombres que, como los mercaderes del templo, trafican amor cristianamente durante todo el año con la vida, la salud y el porvenir de los niños, para, en este día de navidad, hacer públicamente ostentación de sentimientos cristianos y amor a los niños. ¡Ah, la moral cristiana! Esos hombres que parecen amar tanto a los niños, son los mismos que en la vida diaria se explotan, se tiranizan, se roban y se odian, aniquilan mutuamente. Y esos hombres son los que dicen amar a los niños ¡Pobres infelices! ¿Cómo pueden amar a los niños los que siendo hombres no han podido amarse y respetarse como hermanos? ¿O es que se puede amar a los niños privando a los padres de lo más indispensable a la vida? ¡Hipócritas y cínicos!

Pero esa dama que tan afanosos y orgullosamente distribuye juguetes a los niños pobres, ostentando un lujo que es una afrenta sangrienta contra las madres que visten harapos, ¿ama en realidad a los niños? La madre que, pudiéndolo, no cria a sus hijos, será muy cristiana y caritativa, pero su amor a los niños no es más que un pretexto para "lucirse" u otra cosa peor.

¿Y qué diremos de ese señor industrial, comerciante o banquero que regala juguetes a los niños de sus propias vícimas? ¡Pobres niños, cómo os aman y os protegen los hombres con su moral cristiana! Ahí está el juez que condenó a vuestro padre porque reclamó más pan para vosotros. ¿No veis que regala juguetes?...

Y vosotros, los niños de la Inclusa, los hijos de nadie... los marcados por el código cristiano con el infamante anatema de "hijos del vicio" o "hijos ilegales"; vosotros, que cometisteis el horrible delito de nacer al margen de la ley... para carga y vergüenza de la sociedad y de la moral cristiana; vosotros, "delincuentes antes de nacer", que no sabéis ni conocéis de los hombres nada más que sus infamias y sus desdenes, vosotros también tendréis lo único que os pueden dar los hombres que no os reconocen como hijos: juguetes... ¡Oh, la caridad cristiana! No, no aman a los niños los que viven de la explotación de los hombres; no, no aman a los niños los que no luchan por la desaparición de los crímenes del capital y del Estado.

H.

No deberíamos olvidar nunca que todo gobierno es un mal y significa la apropiación de nuestro propio juicio y de nuestra conciencia.

CAMARADA:

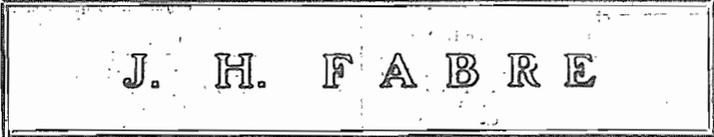
En su biblioteca no debe faltar tan importante obra como lo es el primer tomo que, de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN

acaba de publicar la Editorial LA PROTESTA, y cuyo título es:

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Prólogo de Max Nettlau. Un tomo de 326 páginas, \$ 1.50



Cada día que pasa se acrecienta la gran figura de Fabre, el genial descubridor de esas vidas ínfimas y herméticas de los insectos. Ha sido tan sutil el espíritu de este hombre, dedicado a efectuar una labor de finísima observación, que se ha convertido en un bisturi, capaz de realizar la disección del alma de las mariposas y de los saltamontes; de la cigarra y del grillo, del alacrán, cuyo trágico amor espeluznan y la manta religiosa, cuya ferocidad hace empalidecer a la del tigre. Ha desdibujado las prácticas de vulgar anatomía de esos pequeños seres, para estudiar su vida, su animidad, su dinamismo, diremos para que la palabra alma, aplicada a esos animalitos, no parezca excesiva a algunos. Pactaremos así con muchos hombres en los que el orgullo y no la ciencia les hace suponer que el alma es un patrimonio exclusivo de la humanidad. Para esa vanidad de los bigedos impunes escriba Voltaire la deliciosa ironía, estableciendo la suposición de que si los pavos reales pudieran terciar en filosóficas contiendas, no sólo afirmarían que tenían alma sino que la colocarían en su cola, expansión polliceroma de este petulante animal barroco y chillón.

J. H. Fabre es, sin duda, una de las más espléndidas figuras contemporáneas de Francia. De aquella con que se jalonan a través de los siglos las energías intelectuales de esta raza inteligente. Esa confluencia de la ciencia con el arte, diríamos mejor, del contenido científico con un marco pintoresco y atractivo, constituye el secreto de muchas victorias del espíritu francés.

Hace poco tiempo se ha inaugurado en Serignan una bella estatua de este hombre eminente, que a los 92 años se extinguió rodeado de gloria y envuelto en la belleza de su campo meridional, que había cultivado centímetro a centímetro, para extraer de él secretos mínimos y delicados. Esta circunstancia y la da haberse verificado otro homenaje aun más en armonía con la difusión y honor de su nombre, — la publicación de una edición completa de sus "Recuerdos entomológicos" — ha renovado la actualidad de un nombre, que ciertamente ha de conservarse en la memoria y en la admiración de las gentes durante largo tiempo.

Para nosotros es Henry Fabre, antes que un científico un artista. Y no porque neguemos el valor de su sabiduría. Pero ésta, con toda su aspiración hacia los valores absolutos, con todos sus golpes de pique para llegar a la médula de los problemas, es obligadamente, por la limitación humana, de un fondo variable y cambiante. De aquellas verdades que un gran esfuerzo de ingenio lograra, quedará casi sola ante la admiración del porvenir, la demostración de esa capacidad de ingenio. Las verdades habrán dejado de serlo en su gran mayoría. La forma estética, en cambio, cuando escala perfecciones a un tiempo clásicas y originales permanece indefinidamente sin perder nada de su gracia.

Tal es el destino de los "Recuerdos entomológicos" y de las demás obras extracto de aquéllas: "Los insectos", "El instinto", "Los auxiliares", que con fines de mayor aproximación a los grandes públicos, ha escrito la laboriosa pluma del anciano provenzal.

Hemos de advertir, sin embargo, que la ciencia de Fabre está construida con los más sólidos materiales. Es un descubridor que ha hecho sólo su camino. No procede de las amplias carreteras dogmáticas, sino de los vericuetos del autodidacta. Su peregrinación solitaria, en busca de la verdad se ha hecho negar la ciencia clásica, para forjarse un directo conocimiento experimental. Ha cerrado los libros en los que podía lograr fáciles verdades, pero acaso inoculadas por el microbio del prejuicio. Se ha puesto a interrogar a los insectos.

Podríamos decir que sus investigaciones son una serie de entrevistas con ellos. Asistir a sus experiencias a través de su encantador relato tiene tanto atract-

vo como leer las aventuras de un cazador en la selva. Mucho más, porque son cacerías más delicadas e ingeniosas. Imaginó la emoción de la espera, del acocho en algunos de sus episodios experimentales. Nunca el más audaz cazador de leones gozó de otra superior. Veamos alguna al azar.

Terminaba un día del mes de Mayo, con ese moribundo dulce y bellísimo que logran los atardeceres de Florencia, en la primavera. Fabre había colocado bajo una campana de tela metálica una gran mariposa de la especie más grande que se conoce en Europa, llamada "gran paón", en cuyas alas se mezclan el blanco, el negro, el castaño y el rojo amarillento.

El raro capullo de donde había salido aquella flor viva, se lo había encontrado uno de sus pequeños colaboradores, un niño que le traía al mismo tiempo frutas de su huerto para venderlas. El naturalista esperaba pacientemente.

La noche se hace por completo, y en la casa, de costumbres campesinas, se acostó todo el mundo. Se preparaba, sin embargo, una velada memorable la que él llamará, como un fasto de su vida, "la noche del gran paón".

Delémosle la palabra en la que alienta un suave entusiasmo intraducible. "Hacia las nueve de la noche, gran ruido en la habitación vecina de la mía. A medio vestir, Fablio (su hijo) va, viene, corre, salta, tira las sillas como enloquecido. Me olgo llamar. Ven de prisa — ¡cama — ven a ver estas mariposas grandes como pájaros. El cuarto está lleno".

En efecto, en numerosa invasión, los pintados y espléndidos amadores venían desde muy lejos, conducidos por su misterioso instinto; en medio de la obscuridad de la noche, buscando a aquella tierna doncella que Fabre tenía aprisionada.

El capítulo XIV de su volumen "Mœurs des insectes", puede el curioso lector encontrar todos los detalles de esos incidentes, en que la belleza virgiliana, el sentido de amor estético al campo nativo vibran con entonaciones que son a un tiempo sencillas y encantadoras.

Esta es la genialidad de Fabre, la de haberse erigido como un originalísimo poeta de la tierra a la que ha sabido mirar con los ojos de una mariposa o con los de la cigarra o con los de un saltamontes. Cabe mayor originalidad conseguida al mismo tiempo sin afectación, que habría destruido el atractivo, que la de haber sabido infundirse dentro de esos mínimos organismos y habernos traducido sus sensaciones?

Recientemente ha publicado un libro sobre Fabre, M. Marcel Coulon, cuyo sentido, para evitar errores al público lector, es conveniente rectificar.

El ardor del panegirista le lleva a desdénar el insuperado valor artístico de la obra de Fabre y a colocar en primer término sus resultados científicos. Llega a sostener que ha matado el transformismo.

Como dice M. Paul Souday, en un luminoso folleto que publica en "Le Temps", las ideas científicas que Fabre ha matado, gozan de buena salud. El exaltado celo del discípulo, empaña la gloria del maestro, con esa equivocada visión.

Las teorías evolutivas, fundadas en las radicales bases del sentido común, tan no son atacables en su substancia, que el mismo Fabre, que se declara enemigo de ellas, les da muchas veces cabida en sus observaciones, y podríamos decir que es transformista de la misma manera que el burgués gentilhomme de Molière hablaba en prosa sin saberlo. Sin perjuicio de admirar la paciencia labor de sabiduría de Fabre, en los descubrimientos sobre las costumbres de los insectos, admiramos en él, sobre todo, al observador de minuciosa que sabe expresarse con un arte inimitable, pisitando con líneas pince-ladas las bellas de los seres creados.

O. G.